

Capítulo primero

El mundo de la posverdad

Federico Aznar Fernández-Montesinos

Resumen

La pérdida de horizontes y referencias que implica la posmodernidad se ha visto acentuada con la globalización. El surgimiento de redes sociales en el contexto de la crisis de la política y del periodismo ha posibilitado la aparición y circulación de noticias e informaciones que no se atienen completamente a la verdad, y en no pocas ocasiones de un modo intencionado. Este fenómeno precisa ser superado, pues daña a la cohesión de la comunidad y promueve el desorden. Tal cosa ha de hacerse de un modo calmado y acorde a los valores propios, buscando la actuación concertada de la comunidad democrática internacional en tal empeño.

Palabras clave

Posverdad, fake news, posmodernidad, guerra híbrida, censura, periodismo.

Abstract

The loss of horizons and references that imply postmodernity has been increased with globalization. The emergence of social networks in the crisis of journalism and politics has made easier the appearance and circulation of news and

information that does not fully adhere to the truth, often in an intentional manner. This phenomenon needs to be overcome because it damages the cohesion of community and promotes disorder. Such a thing needs to be done calmly and in accordance with our values, seeking the concerted action of the international democratic community in this endeavour.

Keywords

Post truth, fake news, postmodernity, hybrid warfare, censorship, journalism.

Que el mundo fue y será
una porquería, ya lo sé.
En el quinientos seis
y en el dos mil, también.
Que siempre ha habido
chorros,
maquiavelos y estafaos,
contentos y amargaos,
barones y dublés.
Pero que el siglo veinte
es un despliegue
de maldá insolente,
ya no hay quien lo nie-
gue.
Vivimos revolcaos en un
merengue
y en el mismo lodo
todos manoseados.
Hoy resulta que es lo
mismo
ser derecho que traidor,
ignorante, sabio o chorro,
generoso o estafador...
¡Todo es igual!
¡Nada es mejor!

Lo mismo un burro
que un gran profesor.
No hay aplazaos ni esca-
lafón,
los ignorantes nos han
igualao.
Si uno vive en la impostura
y otro roba en su ambición,
da lo mismo que sea cura,
colchonero, Rey de Bastos,
caradura o polizón.
¡Qué falta de respeto,
qué atropello a la razón!
Cualquiera es un señor,
cualquiera es un ladrón...
Mezclao con Stravisky
va Don Bosco y La Mignon,
Don Chicho y Napoleón,
Carnera y San Martín...
Igual que en la vidriera
irrespetuosa
de los cambalaches

se ha mezclao la vida,
y herida por un sable sin
remache
ves llorar la Biblia
junto a un calefón.
Siglo veinte, cambala-
che
problemático y febril...
El que no llora no mama
y el que no afana es un
gil.
¡Dale, nomás...!
¡Dale, que va...!
¡Que allá en el Horno
nos vamo'a encontrar...!
No pienses más; sentate
a un lao,
que ha nadie importa si
naciste honrao...
Es lo mismo el que
labura
noche y día como un
buey,
que el que vive de los
otros,
que el que mata, que el
que cura,
o está fuera de la ley...

Cambalache, Enrique Santos Discépolo.

Una época de confusión. Los *pos-* y los *-ismos*

Para gestionar un conflicto, y más aún para resolverlo, es preciso comprenderlo; ello requiere, a su vez, entender el entorno cultural en que se desarrolla, las claves psicosociales que inciden en él. La guerra es un hecho social: no es la misma la guerra que emprende un pueblo pastor que un pueblo agricultor. La cultura marca sus formas. Sin entender un conflicto, sin comprenderlo y acotarlo, no hay modo de ganarlo. Por eso los primeros debates son, o deben ser, metacognitivos; definir el marco en que se dan y su naturaleza es lo primero. Como Clausewitz decía, cada tiempo tiene su propia teoría de la guerra.

En fin, el tiempo que nos ocupa no termina aún de encontrar su lugar, y como resultado ha resurgido una suerte de neodecadentismo; es un tiempo que se define en torno o contra algo, de prefijos (los *pos-*) y de sufijos (los *-ismo*). La acotación aúna un marco de superación (aunque no de desaparición) junto con otro que implica un sesgo, una tendencia y hasta una radicalidad. Se da

cumplimiento así a la admonición de Gramsci: «lo nuevo no acaba de nacer, lo viejo no acaba de morir y en estos claroscuros surgen los monstruos»¹.

En esta lógica, ambos términos, «pos-» e «-ismos», han renovado palabras viejas y difusas que se vienen utilizando con diferentes significados y cronologías; también han servido para designar a distintos movimientos en diferentes ámbitos. En esta lógica, el antropólogo Roger Bartra² considera que con el prefijo *pos* no se alude a un tiempo «transcurrido después de una situación o un acontecimiento determinado», sino a cuando los acontecimientos pertenecen «a un tiempo en el cual el concepto especificado (la verdad, en el caso que nos ocupa) se ha vuelto insignificante o irrelevante».

Estamos ante un cajón de sastre en el que se apilan, desordenadamente, distintos movimientos y corrientes, en el que caben desde el fanatismo hasta el relativismo mientras se discute quienes, si la sociedad o los terroristas, son o dejan de ser nihilistas. Todo puede defenderse, pues no hay árbitro ni pretor con legitimidad suficiente para dictar una resolución en tan crucial asunto.

Al final, la posmodernidad viene a ser, ante todo, un estado mental, una actitud de negación y hasta de rechazo de todo lo anterior en la que lo efímero se vuelve norma por la falta de principios últimos. Por eso se cita ese tiempo, para confirmar su muerte y definitiva superación. Estamos por ello en una época de confusión y conceptos débiles que, necesariamente, rechaza cualquier forma de sacralización. Es la «sociedad ligera» de la que habla Braudillard o «líquida», como la definía Bauman.

Las instituciones que hacen posible la existencia de una verdad compartida —la educación, los medios de comunicación social y el propio marco normativo— se encuentran muy debilitadas, y el binomio sociedad-Estado de las que estas son juntura, también.

Como consecuencia, se priva al grupo de las necesarias referencias y, con ello, hasta de la idea de perfección y, subsecuentemente, de cualquier forma de legitimidad; aparece, por el contrario, un caos nebuloso y una sensación de deriva. El hombre queda una vez más, tal y como apuntaba Protágoras de Samos, investido de todo poder y consignado como la medida de todas las cosas, lo que acaba por generar, esta vez sí, una suerte de nihilismo. Una época por lo demás similar a la que dio origen a los sofistas en la Antigua Grecia.

Los tiempos ayudan a ello. Por ejemplo, los miembros de la llamada «Generación Z» (los nacidos entre 1995 y 2015) han vivido en un periodo de cambio

¹ «La crisi consiste appunto nel fatto che il vecchio muore e il nuovo non può nascere: in questo interregno si verificano i fenomeni morbosi piú svariati». GRAMSCI, Antonio. *Quaderni del Carcere*. Volumen I Quaderni 1-5, Giulio Einaudi, 1977.

² ORTEGA, Octavio. *Favorece ignorancia posverdad en México*. [en línea]. Revista Reforma, 26 de marzo de 2017. Universidad Nacional de México. Disponible en web: http://www.iis.unam.mx/pdfs/iismedios/marzo2017/02_reforma.

permanente, en el que un paradigma sin solución de continuidad sigue a otro, y en el que lo último que ha sido superado se construye contra lo anterior que, además, se rechaza. Es lo que Paul Valery calificó como «régimen de sustituciones rápido».

Como señala Zygmunt Bauman: «Hoy únicamente podemos albergar dos certezas: que hay pocas esperanzas de que los sufrimientos que nos produce la incertidumbre actual sean aliviados y que solo nos aguarda más incertidumbre»³. Las viejas soluciones ya no sirven, y las nuevas no terminan de adecuarse a los problemas a los que pretenden responder. La palabra futuro evoca, en estas circunstancias, algo cercano en el tiempo. Como apuntaba Baudrillard, en parte alineado con el pensamiento de Nietzsche: «Es el fin de la linealidad. En esta perspectiva, el futuro ya no existe. Pero si ya no hay futuro, tampoco hay fin. Por lo tanto ni siquiera se trata del fin de la historia»⁴. La sensación es la de un permanente interregno.

La ausencia de una propuesta de futuro —las ideologías constituían una atalaya desde la que se contemplaba el mundo y que obliga a su concreción en lo venidero— concentra sobre el presente cualquier solución: puede concluirse que es la gestión del presente, la inmediatez, una sensación de urgencia, la clave de una actitud posmoderna. *Carpe diem, carpe horam*⁵ frase manida y citada las más de las veces de forma incompleta.

Atender solo al presente, a su vez, impide el desarrollo de proyectos a largo plazo. El compromiso también pierde valor, ya que a cada instante es un nuevo punto de partida: no se mira hacia un pasado que ni existe, ni se comprende ni compromete. La cuestión es que, al moverse exclusivamente en el plano temporal y en el corto plazo, lleva a sus postulados a la contradicción, la incongruencia y el absurdo en otros planos y, con ello, a una suerte de hedonismo cortoplacista. En esta tesitura, el esfuerzo realizado parece serlo en arabesco y puede resultar baldío por incoherente y contradictorio.

La falta de horizontes es causa de un sentimiento de deriva, pues faltan las referencias necesarias para apoyar las decisiones y, al carecerse de certezas, todo es posible. Ese cuestionamiento del modelo vigente es el que subyace en la idea de la *posverdad*. El mundo postmoderno ha desechado encontrar una justificación general de la realidad que le dé sentido. Sin metarrelatos tampoco es posible la utopía: la realidad se fragmenta y la utopía también. Una utopía fragmentada para un mundo fragmentado, que se ha

³ BAUMAN, Zygmunt. *En busca de la política*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2001.

⁴ BAUDRILLARD Jean 1995 *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*. Barcelona, Anagrama.

⁵ El verso completo de *Las Odas* de Horacio es «*Carpe diem, quam minimum credula postero*», esto es, «*aprovecha el día, no confíes en el mañana*». La segunda parte del verso no suele ser referida.

convertido en el dominio de la interpretación y son estas las que, a la postre, dan de sentido a los hechos⁶.

El crepúsculo de las ideologías que marcó la llegada del nuevo siglo trajo un nuevo antropocentrismo del que se dedujo a su vez un cuestionamiento, un ablandamiento y una reformulación de muchas de las ideas imperantes hasta ese momento. Todo esto es lo que Gianni Vattimo denomina «pensamiento débil». Es el terreno del hombre *light*, del ciudadano conforme, sin valores ni pensamientos fijos, que vive en una realidad que ha configurado a su medida, por eso la sociedad del siglo XXI es conformista y acrítica. *Es la época del horroridens de Sartori.*

El posmodernismo también es posheróico. La muerte, las ideas negativas, pesarasas y aun hasta el mismo esfuerzo desaparecen. Es este un tiempo líquido, sin certezas ni relatos; no reconoce nada valioso detrás del esfuerzo, se desecha a los héroes por innecesarios o incluso por peligrosos (el ejemplo condena la inacción); los héroes, a lo mucho, son personajes genéricos o carcasas. Los restauradores y otras profesiones, incorporadas al mundo de la cultura, parecen haber ocupado su lugar en la divinización del hombre común, su apoteosis. Por eso, en pro de la horizontalidad, es preciso que los héroes sean personajes de ficción y se sepa. En todo hay un punto de falsedad reconocida y exculpatoria que sirve a la igualdad, por eso el término *posverdad* ha tenido tanta aceptación: vivimos en una época secularizada y posmítica.

Max Weber ya había profetizado que la desaparición de los valores, víctimas de los procesos de racionalización; era el destino de nuestro tiempo. Modernidad y nihilismo, entonces, se dan la mano en la posmodernidad liquidando los elementos cohesionadores (y también legitimadores) de la sociedad —entre ellos el patriotismo o la religión— en la medida en que ponían al individuo al servicio de esta.

La posmodernidad es adaptativa: los valores se acoplan como los líquidos a cualquier formato beneficiándose de su naturaleza amorfa. Como consecuencia, al no encontrarse vertebrados tampoco pueden direccionarse, por lo que no cabe esperar ningún beneficio de semejante capacidad adaptativa. Por eso es estática, pertenece al presente; volvemos otra vez sobre el conformismo y la falta de futuro. La emoción y el sentimiento imperan en este contexto y trasladan una sensación de movimiento.

No obstante, aunque ya no existen ideologías totalizadoras, sí se dan algunos debates que sirven para la fijación del marco sociológico de las sociedades y cuyas respuestas suponen la existencia de un cierto marco ideológico preferente por más que abierto y evolutivo.

⁶ BIANCO, Gabriella. «Desde el post-modernismo a la post-verdad» [en línea], en CECIES: Pensamiento latinoamericano y alternativo [ref. del 20 de marzo de 2018]. Disponible en web: <http://www.cecies.org/articulo.asp?id=582>.

Y es que no todo es malo en la posmodernidad, ni mucho menos. Es, en primer término, una reevaluación del hombre y una puesta en cuestión del sistema vigente, de sus clisés y dogmas. Uno de los grandes méritos y de las claves del pensamiento posmoderno es su visión antidualista y la puesta en valor de nuevas perspectivas (género, medioambiente, colectivos desfavorecidos), al tiempo que favorece el pluralismo y la diversidad. Además, el relativismo implícito al fenómeno sirve para desactivar los conflictos en la medida en que contribuye al cuestionamiento de sus causas. Y no es un movimiento necesariamente de derechas ni de izquierdas.

Los medios y la opinión pública

Según el dictado de Carl Von Clausewitz, la naturaleza de la guerra, en su acepción total, reside sobre una trilogía formada por el pueblo, que es su parte pasional, la actividad de las fuerzas armadas, que son su parte volitiva, y el campo racional, que queda reservado para los Gobiernos. El parecer del pueblo puede atribuirse a la opinión pública (discutible por anónima), y conviene, dicho esto, distinguir opinión pública y opinión publicada.

«La opinión pública difícilmente tomaba parte alguna en las guerras del XVIII; los soldados profesionales, reclutados en las clases más bajas de la sociedad, no sentían necesidad de saber porque [*sic*] luchaban. En el siglo XX, el soldado y el ciudadano han llegado a ser intercambiables y, el público en general, sintiéndose pacíficamente dispuesto, exige cuentas a sus dirigentes»⁷.

Y es que la opinión pública, es decir, el parecer del pueblo, siempre ha sido importante en los conflictos. No en vano, este tiene profundas implicaciones sociales por más que se desarrolle en tierras lejanas. Es la «dimensión social de la estrategia»⁸; como ejemplos de esta podemos considerar el papel de la televisión serbia o de la radio ruandesas, que han sido muy relevantes a la hora de instigar a la limpieza étnica⁹. El problema es que la opinión pública es volátil y se haya muy afectada por la emocionalidad.

La guerra se desarrolla simultáneamente en una pluralidad de planos tan importantes como el militar. Y toda vez que, según el principio de incertidumbre de Heisenberg, a la realidad se incorpora la percepción que se tiene de ella, los medios están llamados a ser uno de los aspectos más significativos de los conflictos, en tanto que afectan directamente a los soportes del esfuerzo bélico de las partes (pues influyen en la conciencia emocional de millones de personas). De hecho, pueden hasta otorgar la victoria a una de ellas, porque la victoria es también una cuestión de percepción y opinión.

⁷ ARON, Raymond. *Un siglo de guerra total*, Paris: Hispano Europea, 1958, p. 7.

⁸ TERNON, Yves. *El Estado criminal*. Barcelona: Península, 1995, p. 373.

⁹ Sáez ORTEGA, Pedro. *Guerra y paz en el comienzo del siglo XXI*. Madrid: Fundación del hogar del empleado, 2002, p. 67.

Se convierten así en un flanco que debe defenderse y también por el que resulta posible atacar, como bien nos va a detallar el concepto de guerra híbrida que trataremos más adelante.

La imagen de un conflicto, sus motivos, su gestión y su desarrollo es la generada por los medios y, no pocas veces, su parecer resulta más trascendente que la propia realidad. Nada existe que no sea publicado en un mundo mediatizado, y hace falta inteligencia para producir imágenes y para utilizarlas. Como Aron señala: «Los odios abstractos que asolan nuestro siglo son la obra de las masas urbanas, no de los soldados en el frente. Lo que Ely Havely llamó el “entusiasmo organizado” forma un capítulo en la historia de la movilización»¹⁰.

Pero fue a partir del siglo XIX, con la Revolución Industrial y el aumento de la tasa de escolarización, cuando se generalizaron los medios escritos (prensa y libros) como forma de negocio (con unos intereses específicos) y también como mecanismo de transmisión de noticias y de ideas. De hecho, se han convertido en objeto de interés empresarial con vistas a poder influir a nivel político.

Aunque las intervenciones coloniales británicas del XIX se vieron apoyadas desde los medios de comunicación social, fue en la guerra hispano-norteamericana cuando tuvieron un carácter capital para movilizar a la opinión pública, convirtiéndose en un factor polemológico de primer orden al contribuir a la legitimación del conflicto. La frase de Hearst a su dibujante Remigton «Por favor, permanezca allí. Usted suministre los dibujos que yo pondré la guerra»¹¹ marca un hito en este sentido.

M. Ángel Ballesteros recuerda que los usos diplomáticos evolucionaron desde una diplomacia secreta resultado del «limitado entendimiento de los súbditos» cuyo último gran paradigma será Metternich, hasta una opinión pública elevada actualmente a la categoría de dogma, en combinación con unas políticas públicas por debajo de las cuales corren, y no siempre en la misma dirección, las políticas ordinarias¹²; con ello se vuelve a corroborar el *dictum* del austríaco: «la única verdad es la realidad y la única realidad son las apariencias».

Esta entrada de la opinión pública en los conflictos ha tenido una notable incidencia política y doctrinal. Y es que «la cámara (fotográfica o cinematográfica) tiene un campo de visión todavía más limitado que el hombre que la maneja y la cámara siempre utiliza lo particular para expresar lo general»¹³.

¹⁰ ARON, Raymond. *Op. cit.*, p. 23.

¹¹ COMPAYNS MONCLÚS, Julián. *España en 1898: entre la diplomacia y la guerra*. Madrid: Biblioteca Diplomática española, 1991, p. 188.

¹² BALLESTEROS, Ángel. *Diplomacia y Relaciones Internacionales*. Ministerio de Asuntos Exteriores, 1995, p. 180.

¹³ NIXON, Richard M. *La verdadera guerra*. Barcelona: Planeta, 1980, p. 121.

La cámara se transforma de este modo en una herramienta de la política. No obstante, y como apunta Ignatieff, «las imágenes televisivas son más eficaces expresando consecuencias que analizando intenciones, más adecuadas para señalar los cadáveres que para explicar porque [*sic*] resulta provechosa en ciertos lugares»¹⁴.

Las primeras fotografías de guerra se tomaron en la década de 1850 durante la guerra de Crimea¹⁵. La idea primigenia se basaba en que si el pueblo sostenía un conflicto con recursos humanos y materiales, no debía de mantener una opinión muy diferente de la propia de los Estados Mayores. Los medios de comunicación serían utilizados para sostener precisamente la opinión de una de las partes. La guerra será presentada como una sucesión de victorias. Por eso, no pocos alemanes, en la víspera de la capitulación de la Primera Guerra Mundial, estaban convencidos de estar a las puertas de París.

En esta línea, y coincidiendo con Clausewitz, Lord Palmerston afirmaba «las opiniones son más poderosas que los Ejércitos [*sic*]». Por eso, tanto Cavour como Bülow eran expertos en crear incidentes al objeto de conseguir la «exaltación nacional»¹⁶, con lo que la opinión pública pasa a formar parte del frente bélico.

Ya durante la Primera Guerra Mundial, el presidente Wilson¹⁷ consiguió mediante la propaganda activar al país para hacerlo participar en la guerra. Hitler, detalla Chomsky, atribuyó la victoria aliada en esa guerra a su superioridad en el frente propagandístico. De hecho, la palabra propaganda no era inicialmente peyorativa; uno de los ministerios de Hitler era el Ministerio de Ilustración Pública y Propaganda, dirigido por el doctor Joseph Goebbels. La ilustración y la propaganda se encontraban así al mismo nivel.

Un caso particular fue el abuso de la propaganda por parte de los japoneses a partir de las batallas de las Marianas (junio de 1944); la distorsión fue tal que se generó una atmósfera de irrealidad con importantes consecuencias logísticas y estrategias, ya que afectó a la evaluación de la situación por parte de los mandos subordinados, que desconocían por completo su estadio real¹⁸.

Como ejemplos más cercanos están las imágenes del ahorcamiento de dos sargentos británicos en Palestina a cargo de terroristas judíos, o de la muerte de soldados norteamericanos en Somalia, cuyo impacto en la opinión pú-

¹⁴ IGNATIEFF, Michael. *El honor del guerrero*. Madrid: Taurus, 1999, p. 29.

¹⁵ RAMONET, Ignacio. «Los Conflictos Armados» en VV.AA. *Seminario de Investigación Para la paz*. Diputación General De Aragón, 1997, p. 197.

¹⁶ *Ibidem*, p. 181.

¹⁷ CHOMSKY, Noam. *El nuevo orden mundial (y el viejo)*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1996, p. 112.

¹⁸ CLAYTON, James D. «Las Estrategias Americana y japonesa en la guerra del Pacífico», en PARET, Peter (coord). *Creadores de la Estrategia Moderna*, Madrid: Ministerio de Defensa, 1992, p. 740.

blica está detrás de las retiradas de las tropas de aquellos países¹⁹. Pero la auténtica eclosión de los medios de comunicación en la guerra se encuentra en Vietnam; hay un antes y un después de esa guerra. En las proféticas palabras del presidente de Vietnam del Sur, Diem, «solo la prensa norteamericana puede ser la causa de que perdamos la guerra»²⁰.

A partir de entonces, los conflictos incorporarán ya abiertamente una estrategia mediática a la estrategia militar²¹ que sirva, en primer término, para la construcción del relato acorde con su visión: lo que se dice, lo que no se dice (por ejemplo, en la segunda guerra del Golfo, el régimen kuwaití no fue presentado al público), lo que se hace y lo que no se hace, con todos sus matices. Los medios de comunicación socializan a través de gestos, de climas afectivos, de tonalidades de voz, y promueven creencias, emociones y adhesiones totales²² en un mundo en el que los Ejércitos democráticos no pueden ganar guerras sin apoyo popular, sin un consenso real. Son imprescindibles.

Simultáneamente se desarrolla un plano ofensivo siguiendo los dictados de la propaganda política mediante fórmulas de creación tanto de héroes propios como de diablos enemigos. Esta plástica reduccionista se ha demostrado históricamente muy eficaz; se consigue concentrando todos los argumentos en personas o recurriendo a los mitos de la guerra, lo que prueba que el papel de los líderes en el surgimiento de los conflictos pueda ser menor del que se les atribuye²³. Ejemplo de ello es el mito de Hitler, tan útil que sirvió para dar una nueva identidad a Alemania al transferirle a aquel líder la responsabilidad completa de la Segunda Guerra Mundial y de sus atrocidades, lo cual, a su vez, permitió la reconstrucción del pasado del pueblo alemán²⁴.

Los medios de comunicación tienen una notable capacidad para determinar la agenda de los asuntos públicos, fijar la forma de abordarlos y establecer los criterios de valoración por la clase dirigente²⁵. Nixon, por ejemplo, contraponen la diferente repercusión de un mismo acto por su distinto tratamiento informativo: el suicidio de un bonzo frente a las cámaras en el contexto de la guerra de Vietnam y el cometido por un tártaro ruso para protestar por 35 años de destierro de su pueblo en la URSS²⁶.

¹⁹ HOFFMAN, Bruce. *Historia del terrorismo*. Espasa Calpe, 1999.

²⁰ NIXON, Richard M. *Op. cit.*, p. 121.

²¹ RAMONET, Ignacio. *Op. cit.*, p. 206.

²² TEDESCO, Juan Carlos. *El nuevo pacto educativo*. Madrid: Editorial Anaya, 1995, p.83.

²³ MICHAVILA NÚÑEZ, Narciso. «Opinión pública y conflictos armados», en *Revista Utopía y Sociedad*, n.º 19, 2002, p. 161.

²⁴ MICHAVILA, Narciso. *Op. cit.*, p. 162.

²⁵ *Ibidem*, p. 157.

²⁶ NIXON, Richard M. *Op. cit.*, pp. 121 y 122.

Pero esta relación entre opinión pública, decisores y medios es bidireccional, pues no se trata solo de dar noticias, sino también de venderlas; los medios pueden expresar una opinión diferente de la del pueblo (dentro de todo el espectro de noticias), pero no completamente diferente, pues sino no satisfacerían los intereses comerciales. Como sostiene el general John Galvin:

«Los medios responden al pulso del público, a su orientación, por ejemplo Vietnam. No fueron tanto los medios los que cambiaron la opinión pública, como el público el que cambió los medios. Pienso que los medios reflejan muy bien los pensamientos del público, la presión del público, sus cambios... Creo que el mensaje viene del público»²⁷.

Un caso paradigmático es el de los secuestros aéreos²⁸, en los que el diálogo se sitúa a nivel internacional y permite una exposición pedagógica que va más allá del simple atentado, proporcionando un tema del gusto de los terroristas a los medios de comunicación. Por si fuera poco, el agresor traslada toda la responsabilidad al tiempo que conmina a la acción al agredido.

El mundo de la segunda mitad del siglo xx se había vuelto complicado; el incremento de la información disponible era tan intangible, que el periodista tenía que ser alguien que cribase y no solo transmitiese la información, un organizador, no solo un intérprete, alguien que haga accesibles los hechos²⁹. El problema, así, no era tanto la información, que, como se decía, hay mucha, sino la selección de la información. Como apuntaba Bernays allá por 1928:

«En teoría, cada ciudadano toma decisiones sobre cuestiones públicas y asuntos que conciernen a su conducta privada. En la práctica, si todos los hombres tuvieran que estudiar por sus propios medios los intrincados datos económicos, políticos y éticos que intervienen en cualquier asunto, les resultaría del todo imposible llegar a ninguna conclusión en materia alguna. Hemos permitido de buen grado que un Gobierno invisible filtre los datos y resalte los asuntos más destacados de modo que nuestro campo de elección quede reducido a unas proporciones prácticas. Aceptamos de nuestros líderes y de los medios que emplean para llegar al público que pongan de manifiesto y delimiten aquellos asuntos que se relacionan con cuestiones de interés público; aceptamos de nuestros guías en el terreno moral, ya sean sacerdotes, ensayistas reconocidos o simplemente la opinión dominante, un código estandarizado de conducta social al que nos ajustamos casi siempre»³⁰.

Todo ello permite estrategias que dan un amplio juego, al que se añaden la combinación de lo cierto y lo manifiestamente falso y todas las aproxima-

²⁷ MICHAVILA, Narciso. *Op. cit.*, p. 163.

²⁸ LE BORGNE, Claude. *La guerra ha muerto*. Madrid: Ediciones Ejército, p. 253.

²⁹ Citado por GARCÍA FERRERAS, Antonio en VV.AA. *Terrorismo, víctimas y medios de comunicación*, s.l., Fundación Víctimas del Terrorismo, 2003, p. 99.

³⁰ BERNAYS, Edward. *Propaganda*, s.l. Editorial Melousina, 2008, p.15.

ciones que caben, por tangenciales que resulten, en la realidad. Además, y como se ha visto, junto a intereses informativos, en un universo trasnacional existen intereses empresariales e intereses nacionales, lo que hace que existan intereses cruzados que pueden afectar al enfoque a nivel nacional e internacional y entre ambos.

Es por eso que la idea norteamericana de que la guerra debe ser tan transparente como la democracia y los medios de masas deben ilustrarla solo aguantó hasta el conflicto de Vietnam, cuando las ideas más nobles pudieron verse salpicadas ante las cámaras por la sangre derramada para sostenerlas³¹.

El siglo XXI es también el siglo del espectáculo. Los programas televisivos promueven en forma de *realities* conductas estereotipadas y poco edificantes, pero llamativas; si no conmueven en el minuto de un plano, aburren, lo que obliga a un permanente esperpento. Todo puede explicarse en menos de un minuto a una población semiculta. El hombre postmoderno no piensa, se informa; busca emoción en la noticia más que verdad, por eso las noticias falsas, diseñadas para ello, son más virales que las verdaderas: se adaptan mejor a lo que se demanda.

El terrorismo incorpora una estrategia de comunicación, pues se fundamenta en la «propaganda por los hechos», y pretende un impacto psicológico, trayendo el debate sobre la causa que promueve y generando un discurso. Es un fenómeno antiguo, pero cuyo desarrollo actual solo se explica con los medios de comunicación de masas a los que es parejo; es un acto de comunicación. Entre el terrorismo y los medios existe una perversa concurrencia de intereses.

Esta lógica la ha llevado al extremo el terrorismo del siglo XXI. Si hay algo en lo que coinciden las estrategias de grupos con al Qaeda y el Daesh es en el activismo mediático, en el cuidado del mensaje y de los medios para su transmisión. El propio Ben Laden en una entrevista reconocía que ello suponía más del 90% del esfuerzo en la preparación para la batalla. El Daesh ha ido aún más lejos si cabe incorporando las redes sociales, mejorando las labores de edición e incorporando las últimas técnicas de realización, al tiempo que incrementando exponencialmente el número de agencias y de publicaciones, creando un potente entramado mediático y hasta secuestrando y utilizando a un periodista como presentador.

El desarrollo de las redes sociales ha llevado al terrorismo, en cuanto hecho social, a un nuevo campo. Así, tres minutos después de los atentados de Niza (2016) había más de 3000 cuentas en las redes sociales, entre las que se encontraban cincuenta perfiles de Twitter que permanecieron activos durante tres horas. En los atentados de la Sala Bataclán (2015) había ocurrido lo mismo, pero, en este caso, los terroristas optaron por utilizar por primera

³¹ RAMONET, Ignacio. *Op. Cit.*, p. 199.

vez perfiles de Telegram —algo más novedoso— para difundir la masacre y amplificar su repercusión. Sus contenidos, en esta ocasión, permanecieron activos durante días, toda vez que no se tenía la experiencia previa³². El ciclo de respuesta del Estado, con todo, se acortó y ganó en eficacia.

Las posiciones que se adopten podrán ser cambiadas en el futuro; lo importante es formular una pregunta, comunicar un mensaje a un público objetivo mediante un acto de terror. Se trata de conmocionar para llegar a la audiencia en una sociedad posheroica que rechaza la muerte: «La elección de los Juegos Olímpicos [...] ha sido como pintar el nombre de Palestina sobre una montaña que se ve desde las cuatro esquinas de la Tierra»³³. La opinión ya podrá cambiarse después.

De partida, los medios, en su búsqueda de la neutralidad, de la equidistancia, asumen sus temas y debates —lo que resulta trascendental—, parte de su lenguaje y explican sus razones, lo que les permite ya *ab initio* obtener un rédito formal y de legitimación. Es el criterio de equidistancia, de objetividad, de ecuanimidad, que siempre subyace en la mente del que informa y motiva que pueda perderse la referencia y acaben equiparadas víctimas y verdugos, falsedad y verdad. El resultado es una difícil ecuación que, de partida, acepta el lenguaje de impugnación y admite varias soluciones.

La actividad terrorista está hecha a la medida de los medios de comunicación y genera situaciones paradójicas. Como decíamos, los medios están en permanente demanda de audiencia favorecida por noticias que aúnan inmediatez, exclusividad y dramatismo:

«Los terroristas explotaron la codicia normal de los medios de comunicación [...] para dar informaciones de impacto internacional, por lo dramático y la dimensión humana de la noticia [...]. En esta atmósfera la competitividad de los medios, siempre brutal, se convierte en algo especialmente feroz»³⁴.

Además, está la cuestión de la capacidad y calidad de esos medios. Entre la censura (lo que no se quiere dejar ver o explicar) y la propaganda (lo que se quiere hacer pensar o sentir) hay un espectro de posibilidades³⁵. Así, en la guerra de las Malvinas, habida cuenta de que la censura por amputación era insuficiente, se impuso el control de la información mediante un proceso de selección (el Pool), el control del acceso a la información (trato exclusivo con oficiales británicos) y los canales de transmisión (Ejército británico)³⁶.

³² ESCRIVÁ, Ángeles. «El altavoz del terror del Estado Islámico», en El Diario *El Mundo* [en línea]. 26 noviembre 2016. Disponible en web: <http://www.elmundo.es/internacional/2016/11/26/58385a4fe2704e2c3a8b45b5.html>.

³³ HOFFMAN, Bruce. *Op. cit.*, p. 107.

³⁴ *Ibidem*, pp. 207 y ss.

³⁵ Sáez ORTEGA, Pedro. *Op. cit.*, p. 123.

³⁶ RAMONET, Ignacio. *Op. cit.*, s.p.

Merece resaltarse que, si la comunidad internacional puede legalizar una intervención armada, es la opinión pública a fin de cuentas la que la dota de legitimidad. La posición de muchos países del continente durante la segunda guerra de Irak o el conflicto de Vietnam son un buen ejemplo de ello a escala global.

Por ello, el resultado de la influencia de los medios en la conducción de los conflictos es la evolución de la doctrina militar de EE.UU. que, durante la década de los noventa y comienzos del nuevo siglo, evolucionó hacia el establecimiento de criterios claros y restrictivos sobre el papel que sus fuerzas militares deben desempeñar en un conflicto (criterios Weinberger) y en la manera de hacerlo (doctrina Powell sobre «la fuerza decisiva desde el primer momento»). Se señalaban unos medios tendentes a garantizar el «efecto cero», la guerra sin bajas propias, al tiempo que se esforzaba en reducir el número de las enemigas. Desde la guerra de Kosovo el principio de «bajas cero» se ha incorporado a los conflictos bélicos³⁷.

La proliferación de medios tecnológicos hace que los periodistas puedan emitir en tiempo real sus crónicas desde el mismo lugar de los hechos, algo que hace poco era siquiera impensable y que incide en los resultados de las acciones a nivel operativo y hasta estratégico. El flujo de la información es tan rápido y dispone de tales tecnologías que la institución militar no puede controlarlo³⁸; si, como se ha visto, en la guerra de las Malvinas el material empleado seguía un camino controlable, ahora ya no es así³⁹.

Es el *efecto CNN*: sus albores se encuentran en la transmisión de imágenes de los sucesos de la plaza de Tian An Men en 1989 y de la caída del Muro de Berlín ese mismo año. Con ello desaparece la figura del mediador y la información llega cruda y en tiempo real; desde el punto de vista técnico, son consecuencia de la portabilidad de los sistemas y del desarrollo de la tecnología satélite, lo que hace que la televisión sea autónoma para trabajar en tiempo real y desde cualquier lugar del mundo⁴⁰, convirtiéndose en «factorías de la historia». Como dijera el subsecretario de defensa de EE.UU.: «Nuestro mejor servicio de inteligencia son los medios»⁴¹. Tanta trascendencia se da a este fenómeno que Jeff Bezos (Amazon) sostiene que estamos en la era de la desintermediación.

Las noticias distorsionan la guerra señalando objetivos que escapan a la lógica militar convencional y obedecen a estrategias de prensa; simultánea-

³⁷ RAMONET, Ignacio. *Guerras del siglo XXI. Op. cit.*, pp. 132-133.

³⁸ Internet es el desarrollo de un concepto militar ideado precisamente para no ser completamente controlado.

³⁹ WOOD, Paul. «Las guerras del siglo XXI» en VV.AA., *Una mirada al mundo del siglo XXI*, s.l.: Ministerio de Defensa, 2008, p. 64.

⁴⁰ RAMONET, Ignacio. *Los Conflictos Armados. Op. cit.*, p. 203.

⁴¹ HOFFMAN, Bruce. *Op. Cit.*, p. 229.

mente limita y condiciona la forma en que se llevan a cabo las operaciones, obligando a establecer márgenes de seguridad y a proteger la información⁴². Merece reseñarse que el número total de bajas en Vietnam no llegó a sumar el de un solo día en guerras anteriores, cuando no había un desarrollo tan independiente de los medios de comunicación.

Según Paul Wood, los medios marcan los tiempos y fijan el calendario político. Hoy el ciclo de la información es de 24 horas, máximo 48, de modo que la noticia puede viajar desde la misma línea de frente a los servicios de emisión y estar disponible en el día, obligando así a una respuesta política que, como mucho, puede dilatarse hasta el día siguiente⁴³.

Además, los medios generarían una ansiedad que marcaría el tiempo de la respuesta acortándolo, obligando a dar contestación a algo que no lo precisa solo por imagen e impidiendo que la implementación de una fase de la respuesta cuaje antes de pasar a la siguiente. De este modo, se antepone la emocionalidad de la opinión pública a la racionalidad o, incluso, a la resolución del problema planteado.

Michael Grannat, estableció en 1999 lo que denominó *la progresión de la respuesta de los medios de comunicación a una crisis*. a) Estallido: ocurre inmediatamente después a la producción de la crisis, se produce una avalancha de los medios sobre la escena de la crisis para intentar encontrar respuestas e intentar obtener imágenes; b) Investigación: intentar construir un relato de los hechos y encontrar toda la información relevante posible acerca del evento; c) Caza del hombre: los medios se lanzan a la búsqueda de algún culpable, error y chivo expiatorio; d) Epílogo: es a largo plazo y se encarga de seguir las acciones que se corresponden con las etapas de conclusión de la crisis, como son la reconstrucción, afectados, juicios... y es cuando se realizan los documentales⁴⁴.

La comunicación es un factor crítico inherente a todo proceso público, cualquiera que sea su naturaleza. Por ello, una mala gestión comunicativa puede provocar la prolongación de una crisis, puesto que las crisis conllevan adicionalmente una crisis de la información; si se falla en el control de esta crisis, se falla en el control de la crisis general. Y esa es la cuestión, porque la información se ha vuelto incontrolable. El problema ha dejado de ser tal para transformarse en un problema de opinión pública.

Y es que con la llegada del nuevo siglo el patrón de comunicación sufrió un radical proceso de cambio. En 2016, ya un 62% de los adultos estadouni-

⁴² JORDÁN, Javier; CALVO, José Luí. *El nuevo rostro de la guerra*. Barañáin: Ediciones Universidad de Navarra, 2005, p 210.

⁴³ WOOD, Paul. «Las guerras del siglo XXI», en VV.AA. *Una mirada al mundo del siglo XXI*, s.l.: Ministerio de Defensa, 2008, p.64.

⁴⁴ VV.AA., 2008, Conferencia «Gestión de Crisis», en Departamento de Estrategia de la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas.

denses accedían a noticias a través de las redes sociales, y un 44% a través de Facebook⁴⁵. Las redes sociales son, de este modo, el eje sobre el que se construye el «ecosistema de información» en el siglo XXI, al tiempo que también constituyen una expresión de esa horizontalidad democrática que da voz a todos los actores con independencia de su calidad.

Como consecuencia, los medios han perdido el monopolio de la distribución de la noticia. Este siempre ha estado en manos de quienes las producen, que ahora son agentes individuales⁴⁶, y su canalización ha quedado consignada por diferentes factores, uno de los cuales, y no necesariamente el más relevante, es su veracidad. A resultas de lo cual los conceptos de *episteme* (verdad científica) y *doxa* (opinión) flotan juntos en una nube que no permite una diferenciación explícita de ambos. El argumento académico, las referencias y los criterios de autoridad para la construcción de discursos no tienen relevancia ante una opinión pública con escasa capacidad de discriminación y poco tiempo para documentarse, que busca emoción a la hora de informarse más que veracidad y a la que no le gusta ser contradicha.

La democracia, o más bien la extensión del igualitarismo implícito a la ciudadanía a ámbitos inapropiados, es en parte la causa de ello. No todas las opiniones valen lo mismo en todos los casos y en todos los ambientes. Las redes sociales son espacios en los que los usuarios encuentran una relativa homogeneidad y, por ello, las ideas y creencias se igualan, se amplifican y se refuerzan con independencia de los factores que concurren en las personas y su calidad académica.

Las sociedades del siglo XXI consumen grandes cantidades de información y lo hacen de un modo relacional, dicho sea de paso, como lo han hecho siempre; esto es, sus fuentes se encuentran condicionadas por lo que hace su entorno más próximo al que se dota de veracidad. El receptor se convierte en emisor, generándose una cadena de distribución que determina que la información recibida disponga de un gran nivel de credibilidad. En la era de la información, tanto las tecnologías para la edición como la distribución de la información lo hacen todo más fácil. El escenario informativo se ha hecho más complejo, pero también mucho más potente.

Además, los algoritmos de los buscadores de las redes sociales —los algoritmos son conjuntos de reglas para realizar operaciones— no son neutrales toda vez que trabajan sobre la base de búsquedas personalizadas basadas en las preferencias demostradas anteriormente; como resultado, el algoritmo selecciona información que cree que agradará al individuo y le evita aquello que no lo hace, con independencia de su relevancia científica.

⁴⁵ GOTTFRIED, Jeffrey; SHEARER, Elisa. *News use across social media platforms* [en línea], Pew Research Centre & Knight Foundation, s.f. Disponible en web: <http://www.journalism.org/2016/05/26/news-use-across-social-media-platforms-2016/>.

⁴⁶ ALANDETE, David. *Cómo combatir la posverdad*, s.l.: Diario El País, 22 noviembre 2016.

Es el *microtargeting* una técnica basada en algoritmos estadísticos que analiza, individualiza y agrupa a los usuarios según los deseos, creencias o expectativas manifestadas por estos, y ofrece de modo acorde bienes, objetos o servicios. Esto genera una clasificación homófila que agrupa a las personas que piensan igual. El *microtargeting* domina las comunicaciones; la aceptación de una información falsa asegura la llegada de otras nuevas que incrementarán la distorsión cognitiva⁴⁷. Como apuntaba Churchill, «nosotros definimos nuestros algoritmos; por tanto, ellos nos definen a nosotros».

De este modo, la combinación de la globalización y la democratización digital ha generado una suerte de tribalismo emocional, esto es, de grupos identitarios de libre adscripción que son dinamizados y generan a veces una suerte de derivas sumamente peligrosas. La realidad se configura así como un mosaico, un retorno al mundo del Alto Medievo que se produce en la era de la globalización. Al mismo tiempo, sistemas operativos más simples acceden a gran cantidad de fuentes externas y, utilizando lógicas descriptivas, las reordenan, logran conclusiones y aprenden de ellas, de modo que cambian los procedimientos. Son el germen de la llamada *Web 3.0*, la web inteligente⁴⁸.

De esta manera realimentan el pensamiento polarizándolo naturalmente hacia los extremos, generando filtro burbujas (la *filter bubble*, como las denomina Eli Pariser) que contribuyen aún más a la fragmentación de la sociedad, a su atomización, a reductos ideológicos y culturales, a los que se llega a llamar «cámaras de eco». El grupo se coordina cognitivamente, comparte y refuerza sus creencias sin discutir las; fuera del grupo se siente miedo, lo que dificulta aún más poder modificar la opinión en un ambiente de perenne unanimidad⁴⁹.

Esto enlaza con los imaginarios en cuanto que herramientas de construcción, de «creación de realidades». Estamos a la postre ante un proceso social de afirmación de la identidad. Se trata de construir una identidad colectiva en la que los miembros del grupo se identifiquen, se sientan seguros y tengan un sentimiento de permanencia y estabilidad⁵⁰.

Así, y según un arcano instinto coalicional, se crean clústeres de individuos, auténticos enjambres sobre la base de informaciones acomodaticias que ratifican entre sí sus creencias mientras rechazan los datos no concurrentes con sus ideas; los datos reciben de este modo el mismo tratamiento que las

⁴⁷ MANRIQUE, José Luis. «Populismo y posverdad, ¿Solo tendencias?», en *Revista Inmanencia* [en línea], vol. 5, n.º 1. 2016. Disponible en web: <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/inmanencia/article/view/10831>.

⁴⁸ *Ibidem*.

⁴⁹ ABRAHAM FERNÁNDEZ, Jesús. *Algoritmos, las nuevas armas de ¿construcción? Masiva*, s.l.: Instituto Español de Estudios Estratégicos, DIEEE junio 2017.

⁵⁰ ARRANZ MARTÍNEZ, Raquel. *La creación de imaginarios*. Documento de investigación del IEEE, 2018.

opiniones, descartándose subjetivamente aquellos que no se comparten o disgustan sobre la base de esa sola razón⁵¹.

Es la idea de Žižek, que distingue entre globalización y universalización, de modo que en el nuevo orden mundial se encuentra un retorno al Medioevo: «El atisbo de verdad de esta comparación está en el hecho de que el nuevo orden mundial es, como el Medioevo, global pero no universal en la medida en que el nuevo ORDEN planetario prende [*sic*] que cada parte ocupe el lugar que se le asigne»⁵². La globalización es, de este modo, opuesta a la universalización.

La verdad es también un espacio de moralidad y cada uno puede, teóricamente, tener la suya propia sin que tal cosa pueda o deba tener incidencia, siempre y cuando se dé cumplimiento al marco normativo vigente. En cualquier caso, la vocación integradora de toda sociedad exige la existencia de espacios comunes de verdad, lo cual trae como derivada que la fractura de la verdad provoque, a la postre, la fractura de la sociedad.

Esto conceptualmente hace que debamos retrotraernos nada menos que al juicio de Tomás Moro en el Palacio de Westminster, cuando reclamaba su derecho a pensar lo que quisiera, hecho este que acabó por costarle la cabeza. La libertad de pensamiento, el principal valor, el eje desde el que Occidente construye su discurso, no es un producto eterno, sino el fruto de toda una evolución. Su formulación se produjo durante la Ilustración; antes no era sencillamente concebible, procediendo su planteamiento al célebre juicio de Moro. Pero es que sus raíces están en el “cogito ergo sum” de Descartes, en la duda como metodología. Y esa duda arranca de la tradición de desconfianza y suspicacia, griega y romana que construyeron su sistema institucional como un juego de balances y contrapesos: dos Cónsules, las dos ciudades de San Agustín, las dos espadas (la del Emperador y la del Papa), Montesquieu, la división de poderes... La isonomía y la isogoría, la igualdad ante la Ley y la igualdad en el uso de la palabra, en los derechos políticos, devienen conaturalmente también de esos tiempos.

Occidente no es tanto la libertad como la duda. Occidente es la civilización de la duda, una civilización que desconfía de todo e incluso de sí misma; sobre la duda se construye la tolerancia, porque una persona que duda tiende más a tolerar a otros que no piensan como él. La tolerancia incorpora aún un componente asimétrico que tiende a desaparecer con la igualdad, y de ahí llega por desarrollo natural la libertad. La posverdad estimula la duda artificialmente, más allá de lo razonable y movida por un interés sino ilegítimo si oculto, lo que hace que pueda venir a ser un ataque en toda regla.

⁵¹ GONZÁLEZ-RIVERA, Juliana. «La información en la era de la *posverdad*: retos, mea culpas y antidotos» [en línea], en Universidad EAFIT. Disponible en web: <http://www.eafit.edu.co/medios/eleafitense/112/Paginas/informacion-posverdad.aspx>.

⁵² ŽIŽEK, Slavoj. *En defensa de la intolerancia* [en línea]. Disponible en web: http://estafeta-gabrielpulecio.blogspot.com.es/2009/03/slavoj-zizek-en-defensa-de-la_4989.html.

Al golpearlos en la duda utilizando para más ende los códigos axiológicos sobre los que se construyen las sociedades, se nos pone frente a nuestras propias contradicciones internas que todo sistema llevado al límite incorpora, porque los sistemas están contruidos sobre equilibrios que se visualizan y hacen dudar del modelo ético - que también se ve atacado - que sirve a la legitimidad del conjunto. Como afirmaba Stanislav Levchenko, alto funcionario del KGB, "busca tus vulnerabilidades y allí encontrarás el KGB"⁵³.

Uno de los grandes debates que se plantean se sitúa en que es y que no es información, algo cuyo volumen se ha hiperacentuado los últimos años. Información y opinión son y deben ser cosas distintas. Primero hay que informar, después y en su caso, opinar pero nunca mezclar ambos conceptos, pues el resultado es la pérdida de toda referencia y la distorsión y, con ello, la desinformación⁵⁴.

Fruto de su naturaleza mixta (empresa y servicio público), los medios de comunicación difunden, a un mismo tiempo, hechos e ideas con fines informativos, publicitarios, propagandísticos y hasta lúdicos, no pocas veces al mismo tiempo. La información aporta hechos analizados. La publicidad reposiciona un producto en el mercado y lo inserta con vistas a su toma en consideración y a modificar la conducta del individuo, y la propaganda selecciona o censura hechos y argumentos con criterio dogmático para sustentar las opiniones que promueve. Al presentarse todo esto como un conjunto y de un modo indisociado, se produce una confusión de términos que se añade a lo que ya de por sí figura en el conjunto del sistema⁵⁵.

Los medios de comunicación son uno de los pilares de Occidente, el cuarto poder, en la medida en que supone un mecanismo de vigilancia del conjunto relativamente independiente y que genera un nuevo equilibrio dentro del sistema de balances y contrapesos del modelo institucional democrático. Su pluralidad y diversidad sirven a la calidad democrática del conjunto. No obstante, surgen contradicciones al haber quienes se sirven de la normativa existente, instrumentando antinaturalmente sus oquedades y fisuras, para sus propios fines.

Así, por ejemplo, aparecerán grandes grupos y corporaciones ligadas no pocas veces a intereses estatales y con una gran capacidad de influencia que utilizan la ausencia de fronteras eficaces para activar, estimular o reformular las narrativas existentes o para llevar a cabo políticas de desinformación concurrentes con sus intereses específicos, ubicados en debilitar a las so-

⁵³ MILOSEVICH-JUARISTI, Mira. *El poder de la influencia rusa: la desinformación*. Real Instituto Elcano. ARI 7/2017 - 20 enero 2017.

⁵⁴ VERA, José Antonio. "Le llaman *posverdad* lo que no es sino manipulación y propaganda." Discurso durante la entrega de los XXXIV Premios Internacionales de Periodismo Rey de España.

⁵⁵ MANRIQUE, José Luis. *Op. cit.*, s.p.

ciudades que los acogen. Esto supondrá una posibilidad directa de injerencia en los asuntos internos de terceros y una amenaza a la soberanía. El desarrollo del posibilismo a través de políticas de influencia tendrá un peso cada vez mayor que deberá ser contrarrestado.

Ello obliga a la adopción de fórmulas estables que sirvan a una conciliación entre la libertad de información y seguridad en el marco cultural y democrático frente a los desafíos que las dinámicas tecnológicas aplicadas a las redes sociales van a generar. Y no son cuestiones menores toda vez que su regulación afecta al acervo de Occidente y tensionan el sistema.

Los medios, por su parte, tienen una debilidad ante los patrocinadores y el poder político, toda vez que su actividad como empresas está orientada además de (o, incluso, antes que) por el servicio público por el beneficio. Así, por ejemplo, les interesa a veces más la viralidad o el llegar primero a la información que la verdad o la calidad⁵⁶.

Fruto de ello, y con la competencia de las redes sociales y los diferentes distribuidores de contenido, los medios han visto reducirse las audiencias y han debido digitalizarse también, lo que les coloca al mismo nivel que otros medios de información. Resultado de la aplicación de los criterios de eficiencia, los grandes periodistas y las grandes firmas han dejado de ser rentables puesto que ha de competir con el llamado «periodismo cívico» o «periodismo 3.0», centrado en blogs y páginas web autónomas. Esto, aplicando las leyes del mercado, a la postre redundará en la calidad del periodista y, por ende, del periodismo.

Y es que el periodismo tradicional se ha desdibujado en un mundo sin referencias ni una medición adecuada de la calidad, pasando a depender cada vez más de los contenidos de las redes sociales. Estas, simultáneamente y al mismo nivel que el bien intencionado «periodismo ciudadano», se han visto ocupadas por factorías de la desinformación que, de este modo y presentándose como una fuente alternativa más, han visto facilitada la inyección de su producto en la comunidad informativa.

En el ámbito digital, por su parte, se ha producido una importante concentración de empresas, dando cumplimiento a la admonición de Berners-Lee que, desde un principio, advirtió de la posibilidad de que el vasto espacio virtual podría ser cercado y loteado por un oligopolio de compañías digitales. Y es esto precisamente lo que está pasando⁵⁷. El acrónimo GAFa designa a las compañías Google, Amazon, Facebook y Apple, los emporios dominantes de la era digital: el 80% de las búsquedas se hacen por Google; Amazon con-

⁵⁶ KRAUS, Arnoldo. «Posverdad», en *Diario el Universal* [en línea], [ref. 15 enero 2017]. Disponible en web: <http://www.eluniversal.com.mx/entrada-de-opinion/articulo/arnoldo-kraus/nacion/2017/01/15/posverdad>.

⁵⁷ MERCHAN GABALDON; Faustino. «Verdad frente a posverdad», en *La Tribuna del País Vasco* [ref. de 2 diciembre 2017].

trola el 40% de las compras en línea, y una tercera parte de la humanidad está en Facebook. Estas compañías, además de vender productos, controlan las plataformas por las que otros venden los suyos. La Comisión Europea, por ejemplo, le impuso a Google una multa de 2700 millones de dólares por sesgar su motor de búsqueda a favor de sus propios servicios⁵⁸.

Tecnología y sociedad

No es casual que el fin de la Guerra Fría haya coincidido con la difusión de múltiples hallazgos tecnológicos que se produjeron en su contexto. Uno de ellos es, sin duda, Internet. La Red de redes surgió en ese periodo para garantizar el enlace y como un potenciador del conocimiento a través de la interconexión. Se esperaba que este se realimentase a sí mismo y generase efectos sinérgicos. Internet estaba llamado a ser el gran democratizador del conocimiento, el acelerador de la libertad y la solidaridad y, por tanto, la piedra angular de la globalización, además de un medio para que se llevase a cabo.

Y es que la expresión *International networks of computers*, apocopada Internet, describe a una red informática global, descentralizada, sustentada sobre la conexión entre ordenadores de una forma protocolizada, que en su versión web 1.0 surgió en los sesenta. El primer correo electrónico se envió en los setenta, y a este siguieron otras innumerables innovaciones que hicieron que los internautas abandonaran el papel de consumidores pasivos de información para transformarse en productores de contenidos. Reunidos en comunidades virtuales interactivas generaron las redes sociales, cuna de la web 2.0. A principios del siglo XXI, setenta millones de personas se enlazaban en la red. Su expansión ha sido imparable, multiplicándose su uso entre 2000 y 2017 un 976,4%: a finales de 2016, Facebook registraba 1800 millones, Youtube 1000, Instagram 500 y Twitter 350⁵⁹.

José Antonio Marina recuerda que Erich Schmidt, director de Google, afirmó en 2011 que la humanidad hasta 2003 había producido una cantidad equivalente a cinco exabytes de información, añadiendo a continuación que esa cifra se generaba ahora cada dos días. La revista Science calculó por su parte que, hasta 2007, la cifra era de 295 exabytes, que se había incrementado en 2011 a 600 exabytes⁶⁰.

Así, Internet es la base de la sociedad del conocimiento. Cumple los fines para los que fue concebida, en la medida en que se presentó como un instrumento incontrolable para la creación de una gran aldea global que trascen-

⁵⁸ *Ibidem*.

⁵⁹ MANRIQUE, José Luis. *Op. cit.*, s.p.

⁶⁰ MARINA, José Antonio. «Porque la sociedad de la información está a punto de fracasar», en *Diario El Confidencial*, 27 junio 2017.

diese distancias y cualquier tipo de barrera entre sus habitantes, por más que existiesen barreras a su desarrollo y se generasen problemas derivados de tal dependencia. En este sentido, la Estrategia Nacional de Seguridad publicada en 2017 nos recuerda que:

«El desarrollo de la tecnología es un instrumento de activación económica, crecimiento y progreso, pero también prueba la capacidad de adaptación de sociedades a los cambios tecnológicos... En gran medida, la tecnología ha premiado la interconectividad en detrimento de la seguridad. Así, actos como el robo, uso y difusión de la información y datos sensibles y acciones hostiles que incluyen actividades de desinformación e interferencias en procesos electorales representan hoy un desafío de grandes dimensiones tanto en lo que respecta a los Gobiernos como a los ciudadanos. Además de la conectividad de un mundo en red, que incluye el Internet de las cosas, la *inteligencia artificial*, la ingeniería genética y la robotización tendrán importantes implicaciones para la seguridad. Por eso, los esfuerzos para diseñar un sistema eficaz de gobernanza sobre las nuevas tecnologías serán clave para la Seguridad Nacional»⁶¹.

Hoy las redes sociales han convertido el ciberespacio en un gran archipiélago de islas del confort, si bien es cierto que esta fragmentación no es nueva y las burbujas han existido ya en la sociedad, de modo que lo único que se ha hecho es trasladarlas a Internet⁶².

Ciertamente, las posibilidades de las que dota la tecnología pueden hacer de cada persona un activista, pero también existen grupos organizados y orientados al logro de tales fines, a veces patrocinados o a la sombra de Estados, contruidos con grandes medios para el logro o las labores de apoyo a ciertos fines. Su trabajo, a escala industrial, se encuentra amplificado por miles de redes de bots (robots que actúan como si fuera personas), equipos o granjas de troles (simuladores de identidades) y sitios webs y redes sociales que amplifican la propaganda, un trabajo que, a su vez, se encuentra apoyado por redes de *hackers*. Un *malware* con un algoritmo puede estar recogiendo datos durante años para fragmentar un grupo y ejercer una influencia masiva de influencia, y todo ello con toda la complejidad que los grandes sistemas de desinformación disponen⁶³.

El fenómeno de retorno a un nuevo hombre se convierte en una paradoja llena de contradicciones, que se acentuará cada vez más con el desarrollo

⁶¹ Gobierno de España. *Estrategia de Seguridad Nacional 2017*. Presidencia del Gobierno, pp.36-37.

⁶² CARNICERO URABAYEN, Carlos. «Posverdad y redes sociales, una amenaza a la democracia», en *Diario Huffingtonpost*. [en línea], 17 septiembre 2017. Disponible en web: https://www.huffingtonpost.es/2017/09/17/posverdad-y-redes-sociales-una-amenaza-para-la-democracia_a_23063245/

⁶³ ABRAHAM FERNÁNDEZ, Jesús. *Op. cit.*, s.p.

tecnológico. Las narrativas —una herramienta sociológica que posibilita la influencia cuando no el control— vienen a ser un guion perfectamente estructurado por distintos agentes y desarrollado por una poderosa burocracia tecnológica, ligada o no a Estados, y que, en cualquier caso, trasciende sus fronteras y permite la injerencia directa. Una narrativa es una selección de ideas y referencias que hacen un uso instrumental del pasado al reconstruirlo conforme al imaginario que pretende alcanzar. Es un instrumento de persuasión política de extremada potencia que la tecnología acrecienta a través de su focalización.

Además, la mejora en los sistemas de comunicación referidos a la información permite tanto el acopio de datos como su tratamiento. De este modo, se posibilita un mayor control de los ciudadanos a los que, recíprocamente, se les ofrece la oportunidad de participar directamente en los asuntos del Estado.

No obstante, y recordando a Byung-Chul Han, «Una acumulación de información no puede generar la verdad»: la clave no está en los datos, sino en la comprensión de la información. Para paliar esto se dispone de herramientas como el *data mining* (o exploración de datos), con el que se intenta descubrir los patrones dotados de significado, esto es, la ley de los grandes números que les acompañan, la interconexión de los grandes conjuntos de datos⁶⁴, como un estudio de una revista norteamericana que acreditaba cómo las personas que sacaban a pasear a sus perros votaban mayoritariamente al partido demócrata.

Las conexiones imposibles revelan la naturaleza de las sociedades y sus elementos, esto es, las personas. La posible utilización de los datos de Facebook de cincuenta millones de personas en el contexto de las elecciones norteamericanas delata la necesidad de la regulación de un espacio que concede un poder tal a personas, empresas o instituciones aun de terceros países.

Las contradicciones son grandes. Hoy las grandes empresas comerciales como Alí Babá no tienen inventario, las grandes compañías de relaciones como Facebook no tienen contenidos, o las grandes compañías de taxis como Uber no tienen vehículos. Y aún se discute a qué sector pertenecen. Parece que todo se ha hecho posible para el hombre a través de la tecnología⁶⁵.

Esto genera importantes contradicciones. Thomas Friedman, en su libro *Gracias por llegar tarde*, detalla la paradoja de que el mundo actual necesita entre diez y quince años para comprender una nueva tecnología y redactar

⁶⁴ ORTEGA, Andrés. «Campañas de desinformación: la debilidad de la desconfianza», en Blog del Real Instituto Elcano [en línea]. 05 diciembre 2017. Disponible en web: <https://blog.realinstitutoelcano.org/campanas-desinformacion-debilidad-desconfianza/>.

⁶⁵ MERCHAN GABALDON, Faustino. «Verdad frente a posverdad», en *La Tribuna del País Vasco*, 2 diciembre 2017.

normativas para proteger a la sociedad, mientras las tecnologías desaparecen en un plazo de entre cinco y siete años. El mundo para este autor es plano y el futuro es posible, pero solo si superamos las múltiples tensiones implícitas en la era de las aceleraciones y se disminuye la velocidad; es preciso, por ello, atreverse a llegar tarde y a usar el tiempo para reimaginar el trabajo.

Marius Carol, utilizando este argumento y asociándolo al pensamiento de Eric Teller, un ejecutivo del laboratorio Google X de investigación, sostiene que el problema de esta situación es que podemos tener la sensación de haber perdido el control porque no somos capaces de adaptarnos al mundo a la velocidad que está cambiando: «Cuando nos hayamos acostumbrado al cambio, ese ya ni siquiera será el predominante y estaremos inmersos en otro nuevo». Es evidente que no se puede frenar el progreso tecnológico ni abandonar la regulación; lo que propone como alternativa es intentar aumentar la capacidad de adaptación de la sociedad. «Esa es la única manera de librarnos de la ansiedad que provoca la tecnología», añade. ¿Y eso cómo se hace? «Cuando la velocidad de cambio es tan rápida, la manera de conservar la capacidad de trabajar es dedicarse a estudiar toda la vida». ¿Y cómo se consigue? «Experimentando constantemente, revaluando normativas, innovando con ciclos más cortos. Por eso todo parece viejo desde que lo adquirimos»⁶⁶. El problema, como apunta José Antonio Marina, es que se está primando la innovación sobre el empleo de las tecnologías, con lo que su dinamismo se está volviendo autónomo. Estamos dentro de él y, sin embargo, no lo comprendemos; el proceso, consecuentemente, nos supera⁶⁷.

Las nuevas tecnologías tienen así un relevante papel en este marco: han dotado de una gran accesibilidad a la población. El relativismo entronca, como se ha visto, con la horizontalidad democrática, una suerte de isogoría que hace válida y respetable cualquier opinión. La realidad se hace variable y los conflictos, además de ser un choque de fuerzas, se transforman en un choque no solo de voluntades (la definición de Clausewitz de guerra), sino de percepciones y de realidades.

Como consecuencia, las nuevas tecnologías van a propiciar el desarrollo de dos tendencias sociales no necesariamente contrapuestas: una orientada hacia mayor democracia directa —las encuestas tienen un peso cada vez mayor en el desarrollo de la actividad política— al tiempo que también hace posible la recíproca; un mayor control del ciudadano por parte de los aparatos del Estado, y, consecuentemente, un mayor dirigismo tanto mediante el control directo como del indirecto, como por ejemplo y según

⁶⁶ CAROL, Marius. «Fracasar rápido», en *Editorial del Diario La Vanguardia*, 15 febrero 2018.

⁶⁷ MARINA, José Antonio «Porque la sociedad de la información está a punto de fracasar», en *Diario El Confidencial*, 27 de junio de 2017.

se ha visto, con la formulación de narrativas asociadas al empleo de *data mining*.

Estos dos movimientos —dirigismo y democracia directa— se suman en el populismo, que en nombre de la radicalidad democrática, es decir, de una democracia que no se somete a normas, se apela continuamente a la voluntad del pueblo como justificación y legitimación de cualquier conducta decidida por unos líderes que disponen de instrumentos sociológicos formulados en forma de constructos, como las narrativas, para el control de las masas humanas a las que dicen representar.

Tenemos, pues, que la tecnología confronta democracia representativa con democracia directa y dirigismo con libertad personal, habiéndose de encontrar una conciliación entre todos estos puntos. El papel de los populismos, un concepto de raíces emocionales, se torna así relevante.

Por otra parte, la tecnología propicia el mutuo y directo conocimiento, lo que trae consigo una igualación de las relaciones, que se desarrollan de un modo más horizontal. El modelo de liderazgo deja de ser carismático, pues el carisma puede mantenerse mientras exista una cierta distancia entre el líder y sus seguidores, distancia que las nuevas tecnologías reducen para primar el ejemplo y, con ello, el liderazgo transformacional.

El siglo XXI es el siglo de la horizontalidad, y el liderazgo transformacional favorece vía el ejemplo este tipo de aproximación; se cumple así la admonición de Jack Welch CEO de la empresa General Electric, en el sentido de la tendencia a la desaparición de los niveles intermedios de decisión en las organizaciones y a la adopción de los esquemas organizativos horizontales y propios de una orquesta. Consecuentemente, las organizaciones se van ahuecando mientras desaparecen los niveles jerárquicos y ganan en horizontalidad, quedando consignadas en el largo plazo como una orquesta a las órdenes directas de su director.

La seguridad es una necesidad sensible de unas sociedades que cada vez incorporan estándares más altos y demandantes, lo que se materializa mediante la introducción de conceptos nuevos que, de esta forma, quedan securitizados. La tecnología (como los elementos ciber) es el elemento transversal que los liga y, por tanto, uno de los factores principales a proteger. La preocupación por un fenómeno como la *posverdad* obedece a esta misma lógica.

En este contexto, la burocracia tecnológica propicia el rearme de las sociedades, lo que se ha traducido en un creciente incremento de la inversión en I+D orientado a la seguridad y la defensa, especialmente en el ámbito de la ciberseguridad (la ciberseguridad es un factor transversal). Pero el elemento decisivo para su logro es la educación de la ciudadanía. La fortaleza de una sociedad dependerá de la fortaleza de sus ciudadanos y esta de su adecuada preparación.

Verdad, emoción y razón

En el postmaterialismo, la materia y la realidad se diluyen hasta desaparecer; dependen en todo de la voluntad que la interpreta. Jean Baudrillard llega a hablar inclusive de un «asesinato de la realidad». El presente y el culto al modo posibilitan el discurso performativo: la sola voluntad expresada, por irreal que pueda resultar, es fundacional y diseña el futuro y las declaraciones intentan ser profecías autocumplidas. Algo existe o es de un cierto modo simplemente por afirmarlo, y si no más adelante se dirá otra cosa y ese será otro momento; la sociedad posmoderna, una sociedad que vive en esos códigos, lo entiende y no lo penaliza. Eso se apoya además en palabras sin límites precisos o que se desplazan a conveniencia.

Por eso su expresión cuida la forma más que el fondo, impregnada esta de un relativismo que no admite una verdad única, sino diferentes verdades, en algunos casos hasta personalizadas. Como apuntaba Nietzsche «no existen hechos, solo interpretaciones», es decir, lo importante no es el hecho en sí tanto como la opinión que se tiene del mismo.

Es la metafísica positivista la que lleva a pensar que las verdades sociales son universales y pueden presentarse como naturales, es decir, que no es tan importante la coincidencia con el hecho objetivo como el consenso del grupo sobre este. Los jugadores, en función de su número y cualificación, pueden cambiar las reglas de la partida y, con ello, el criterio de verdad. En las palabras de Luigi Pirandello que sirven para titular una de sus obras, *Así es (si así os parece)*, el resultado no es que no exista la verdad, sino que existen muchas, más o menos sólidas o discutibles.

En este contexto, la verdad pierde su definición aristotélica, que la sitúa como una correspondencia entre la realidad y el pensamiento, esto es, a un juicio que reflejará la objetividad de lo real. Como consecuencia, pasa así a convertirse en un término polisémico. La verdad epistemológica está contenida en juicios afirmados como realidades y que se corresponden con los hechos; la verdad científica es el máximo exponente de la lógica y es la máxima manifestación de la objetividad; la verdad de las ciencias fácticas es, en contraste, una certidumbre que se prolonga mientras no se demuestre otra cosa⁶⁸.

La verdad se convierte así en una referencia en un mundo que no las tiene, y obliga a quien la encuentra a abandonar la zona de confort para tomarla en consideración. Por eso se hace incómoda, cuestiona nuestras emociones, las reta. El conflicto surge cuando se reclama revisión de los principios. Cambiar demanda un esfuerzo y coraje para admitir el error, y el revisionismo desagrada, por eso la contradicción es silenciada.

Por eso también queda emocionalmente asociada a las «malas noticias», pues perturba y altera el cauce de las emociones propias, por lo que en lugar

⁶⁸ MANRIQUE, José Luis. *Op. cit.*, s.p.

de mirar hacia los hechos se produce un distanciamiento de la verdad. Pero sin la verdad, sin atender a la realidad, no es posible el consenso y se fractura la comunidad. Y es que las personas necesitan referencias.

Fórmulas como el intuicionismo facilitan liberarse de la verdad, con el cual se rellenan los huecos de información según la lógica vigente; o la «preferencia adaptativa», que consiste en reinterpretar los hechos que refutan una tendencia con el propósito de mantenerla. De este modo, el saber se congela y la ciencia se degrada⁶⁹.

Daniel Kahneman, en su obra *Pensar rápido, pensar despacio*, habla de dos modelos de pensamiento. El primero, rápido, intuitivo y emocional, una suerte de lo que los griegos denominaban *frónesis* (inteligencia práctica); es el que se utiliza para la resolución de los asuntos corrientes, pese a que incorpora errores y sesgos considerados aceptables. Y un segundo sistema lento, deliberativo y lógico, que no es instintivo pero que es la base de la ciencia y el pensamiento crítico. El primer sistema es el que prevalece y con él las primeras impresiones de nuestro razonar. Por ellas entra el engaño, la apariencia emocional de realidad, nuestros deseos y premoniciones.

En cualquier caso, no puede olvidarse que no somos espíritus puros: cualquier decisión surge de los sentimientos, de lo irracional, para alcanzar luego forma y coherencia en la razón. Primero sentimos e intuimos y después decidimos y actuamos. Como señala Buyung-Chul Han, «El sentimiento precede al pensamiento»⁷⁰; la música precede a la palabra, porque cualquier decisión racional debe pasar por el tamiz emocional del ser humano, al ser este una totalidad indiferenciable. El romanticismo es eso.

Lo emocional acaba así por primar sobre lo racional en una suerte de actitud antivictoriana, de revancha sobre el racionalismo cartesiano, que ha sido hasta ahora el eje de Occidente. La verdad no queda consignada al hecho, sino a los sentimientos que suscita o a las adhesiones que provoca. La emoción se sitúa por encima de la razón. En la era de la tecnología, paradójicamente, pues ha permitido su logro, la razón deja de ser la piedra angular del conocimiento. El hombre está definitivamente ya de vuelta de todo.

Esto no es sino una reedición del pensamiento de Nietzsche. Este ya apostaba por el instinto —y la irracionalidad que comporta— como el criterio definitivo de verdad. El resultado implica, a su vez, una reformulación de la máxima cartesiana que queda como «siento, luego existo», y hasta permite practicar una geopolítica de los sentimientos en forma de identidades volátiles de todo tipo y escala, accesibles solo por el mero hecho de sentir las. Eso, a su vez, conduce necesariamente una vez más a un refuerzo de la actitud

⁶⁹ FICHTENTREI FUENTE, Daniel. «Posverdad: la ciencia y sus demonios», en *Revista electrónica Intramed*. [en línea]. 2 mayo 2017. Disponible en web: <http://www.intramed.net/contenido.asp?contenidoID=90809>.

⁷⁰ BUYUNG-CHUL, Han. *La sociedad del Cansancio*. S.l. Ed. Herder, 2012.

descreída. La realidad —una palabra que Novokov sostenía que debía encontrarse entrecomillada para poder significar algo— se transforma en una cuestión variable y discutible que depende no solo del punto de vista del observador, sino también de sus emociones y constructos mentales. La verdad se licúa entre el relativismo y la subjetividad.

La realidad puede tener ciertas dosis de maleabilidad y de interpretación que no tienen ni los hechos ni los datos en los que cabe descomponerla. No obstante, puede deconstruirse y reconstruirse de una manera significativamente diferente. Estamos ante una manipulación que se encuentra en las raíces mismas de la *posverdad*, y ese es precisamente el problema. El subjetivismo extremo no reconoce las diferencias entre los hechos y los datos, las leyes y las reglas, los modelos y los retratos. Confunde el mapa con el territorio. Una idea, por el mero hecho de que sea aceptada por una comunidad, no es una idea cierta⁷¹.

La comunicación se hace espasmódica y tajante para fortalecer su carga emocional, con lo que acentúa el distanciamiento. Además, y como se ha apuntado, aunque la difusión de conocimientos es mayor, la calidad media de la información es inferior; no tienen referencias de las fuentes y, por tanto, sus afirmaciones no resultan contrastables. La clave se sitúa en su selección. Todo, la verdad y lo que no lo es, se encuentra en la red.

Antes los medios de comunicación hacían un cribado de la información que distribuían, verificando con rigor y criterio su procedencia, oportunidad y jerarquía; la información era más o menos pura, mientras la pluralidad de fuentes similares dotaba de mayor objetividad al conjunto del sistema, corrigiendo eventuales disfunciones. Ahora, en no pocas ocasiones, hacen de árbitro entre informaciones y desinformaciones en lugar de verificar los hechos y dar cobertura a aquellos cuya certidumbre ha quedado constatada.

Edward Bernays, famoso por haber introducido el concepto de relaciones públicas, con éxitos tan notables como la difusión del tabaquismo entre las mujeres en los años treinta del pasado siglo —los cigarrillos eran presentados como «antorchas de la libertad»—, escribía en su clásico *Propaganda*:

«La manipulación consciente e inteligente de los hábitos y opiniones organizados de las masas es un elemento de importancia en la sociedad democrática. Quienes manipulan este mecanismo oculto de la sociedad constituyen el gobierno invisible que detenta el verdadero poder que rige el destino de nuestro país. Quienes nos gobiernan, moldean nuestras mentes, definen nuestros gustos o nos sugieren nuestras ideas son en gran medida personas de las que nunca hemos oído hablar»⁷².

⁷¹ FICHTENTREI FUENTE, Daniel. *Op. cit.*, s.p.

⁷² BERNAYS Edward L., *Propaganda*. S.l.: Editorial Melusina, s.f., p.16.

La posverdad

Los tiempos que se presentan como nuevos incorporan su propio lenguaje y se acompañan de palabras surgidas *ad hoc*. No son conceptos ampulosos; son, realmente, las palabras de moda que buscan impactar en los diferentes rangos culturales: selfi, escrache, *vape*, ciclogénesis, emoticonos —algo que ahorra directamente decir una frase para hacer llegar el sentimiento— o, en el mundo académico, adjetivos como transversal. Una cosa parecida sucede con la guerra híbrida sustituta de la guerra asimétrica, a cuya reconfiguración y actualización contribuye por más que no sea otra cosa que una simple aplicación del concepto genérico de guerra. Como está escrito en el libro del Eclesiastés, «a más palabras, más vanidad».

No obstante, tales conceptualizaciones son interesantes no tanto por su valor académico sino por su carácter de radiografía sociológica y hasta antropológica. No es que el lenguaje del momento sea insuficiente, sino que se pretende escenificar la mutación de la realidad con el recambio del lenguaje como forma de certificarlo. De hecho, su formulación nos describe algunas de las líneas maestras del presente. La palabra no es así solo un símbolo del cambio, sino una nueva definición de la realidad.

Los antecedentes de la palabra *posverdad* los encontramos en la trilogía de las distopías o ciencia ficción distópica (antítesis de la utopía) aparecidas en la primera mitad del siglo xx; son los trabajos de George Orwell *1984*, de Aldous Huxley *Un mundo feliz* y de Ray Bradbury *Fahrenheit 451*. En ellos, y como *leitmotiv*, la verdad pierde toda su relevancia, con lo que los autores pasan a describir la lógica de mundos surgidos de paradigmas diferentes pero todos ellos instalados en la *posverdad*.

En *Un mundo feliz* Huxley aborda un mundo en el que la supresión de la diferencia y el control del pensamiento permitían la felicidad de la humanidad a costa de su banalización; la verdad resultaba banalizada por todo un océano de insignificancias que servían a la represión del conocimiento. La cruz cristiana era sustituida, como símbolo cuasi religioso, por la «T» del «modelo T», símbolo del taylorismo de Henry Ford, fundador de la legendaria marca de vehículos.

En *1984* Orwell presenta de la mano de Winston Smith, un trabajador del Ministerio de la Verdad —una institución encargada de «revisar» los textos publicados para hacer «ajustes» a los acontecimientos—, una sociedad británica dominada por un sistema de «colectivismo burocrático» y controlada por el Gran Hermano. En ella la verdad es ocultada, empleando para ello hasta una neolengua en la que los significados disminuyen y las emociones se amplían. Las palabras se encuentran erosionadas toda vez que lo que no se puede pensar no existe y, con ello, los espacios de pensamiento se reducen, el abanico perceptivo del lenguaje se achica y la comunicación se traslada a los afectos. Recordando el *Tractatus Logico-Philosophicus* de

Wittgenstein, «Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi propio mundo».

Se trata no ya de evitar la crítica, sino también de evitar hasta el propio pensamiento. Así, «Guerra es paz, libertad es esclavitud, ignorancia es fuerza». Ha nacido el lenguaje orwelliano, un lenguaje que altera la realidad y que, como añadido, reduciendo el número de palabras, trata de minorar el marco de pensamiento. Ray Bradbury, por su parte, habla de un mundo en que los libros son perseguidos y las televisiones y los medios interactivos lo ocupan todo.

McLuhan, en los años sesenta, en su famoso trabajo *La aldea global*, entre otras cosas desplazaba el foco del contenido al continente, haciendo del medio el mensaje. Esto es (y como apunta Umberto Eco), no le preocupa al autor siquiera pensar si los argumentos eran verdad, lo importante era sencillamente que fueran. Lo que desde nuestro punto de vista podría parecer una contradicción, desde el suyo es simplemente presencia simultánea.

La idea de *posverdad* la formuló Steve Tesich en 1992 para significar que la sociedad, en los tiempos del *affaire* Irán-Contra, había decidido vivir en un tiempo posterior a la verdad y, por tanto, ajeno a ella. El primer uso del término en España se produce en 2003 de la mano de Luis Verdú en su obra *El prisionero de las 21:30*⁷³. En 2004, Ralph Keyes publicó el libro *La era de la posverdad: deshonestidad y decepción en la vida contemporánea*, contribuyendo a su definitiva instalación.

En 2010 apareció el término *política de la posverdad*, con el que se da carta de naturaleza a una cultura política en la que la política efectiva se ha desconectado definitivamente de la retórica que la acompaña. Los hechos no aparecen ya en el discurso público. El término *posverdad* anuncia, de por sí, una era posfactual con la sistematización y legitimación de una práctica. Cuestiones como el referéndum del Brexit o la elección de Donald Trump contribuyeron a que tomara, tras varios años, definitiva carta de naturaleza.

La palabra *posverdad*, un concepto flexible, inmediatamente después de ser definida comienza ya a ser un término banalizado —de hecho, la propia palabra banaliza el desenfoco, que es una forma de quitarle importancia y legitimarlo, lo que viene a ser su principal función—, y por ello se adivina que va a ser sustituido en breve por algún otro nuevo concepto anglosajón dotado de una singularidad específica —tal vez el nuevo término de moda sea el *fake news* reformulado como neologismo— que documentará fehacientemente que aquellos que lo usan están a la última.

⁷³ HUMBERTO RODRÍGUEZ, Luis. «¿Posverdad... o mentira?», en *Periódico Mirada 21*. Vitoria: Universidad Francisco de Vitoria [en línea], 29 diciembre 2017. Disponible en web: <http://mirada21.es/secciones/nacional/posverdad-o-mentira/>.

Al decir de Baudrillard: «El momento crucial se da en la transición desde unos signos que disimulan algo a unos signos que disimulan que no hay nada. Los primeros remiten a una teología de la verdad y del secreto [...] Los segundos inauguran la era de los simulacros»⁷⁴. Los simulacros son un fruto de la hibridación entre la realidad y la ficción, lo que hace que la ilusión no pueda ser completamente independiente. La *posverdad* no deja de ser, a lo sumo, un simulacro, un artefacto, en la medida en que no existe, toda vez que la verdad no puede superarse; detrás de la verdad no hay nada. La *posverdad* es un sofisma que oculta de este modo la naturaleza demagógica de sus atributos⁷⁵.

El mundo se ha hecho multireferencial, multidisciplinar y, a la vez, diverso. La subjetividad es inevitable en todo lo que el hombre hace, máxime cuando la globalización ha unido referencias culturales diferentes con soluciones válidas y eficaces en cada entorno sociológico; la objetividad pasa a presentarse como una quimera, algo relativo, cuando no como una falacia.

Por eso la *posverdad* se banaliza y se presenta como una lectura alternativa más de la realidad, como «hechos» o «realidades alternativas» infraponderadas, deliberadamente o no, en un mundo anegado por mares de datos y de informaciones y dotado de la misma naturaleza contraintuitiva que la ciencia; una relectura que se acomete desde claves nuevas o sobre la base de un diferente ángulo de aproximación, ocultando con ello la malicia que subyace en su deliberada creación.

Eso es lo que la diferencia de la alternatividad que encarna el pensamiento crítico con el que aspira a confundirse. La *posverdad* se ha diseñado y construido para empatizar. Como resultado, los hechos, la realidad, acaban contando menos en la conformación de la opinión pública que las apelaciones a las emociones o las creencias.

Por ello viene a ser un auténtico *ductus obliquus*⁷⁶, una idea emotiva que no refleja la realidad y con la que se trata de influir en la opinión pública. Se busca falsearla, transformar la percepción a partir de la manipulación de las emociones del colectivo: se resaltan unos factores y se ignoran otros mientras se confunden los términos de las afirmacio-

⁷⁴ BAUDRILLARD, Jean. *Cultura y simulacro*. S.l.: Editorial Kairos, 2004, p.18.

⁷⁵ MARTÍNEZ MURCIANO, Luis María, 2017. *El tiempo está después. Tiempo y simulacro como paradigmas del cine posmoderno* [en línea]. Trabajo de fin de Máster en guion, narrativa y creatividad audiovisual. Universidad de Sevilla, Facultad de Comunicación, Sevilla. Disponible en web: <https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/64927/TFM-LUIS%20MARIA%20MARTINEZ.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.

⁷⁶ El *ductus obliquus* o la conducta oblicua puede presentarse como una combinación de un *ductus simulatus*, donde el hablante defiende el caso que apoya pero disfraza sus razones para apoyarlo, y un *ductus contrarius*, donde sutilmente persuade a su audiencia de precisamente lo contrario de lo que está diciendo.

nes⁷⁷. Recordando a Derrida, «La mentira no es algo que se oponga a la verdad, sino que se sitúa en su finalidad».

La *posverdad* sirve fundamentalmente para reafirmar la opinión del grupo en que se inserta, en la medida en que contribuye a asentar y solidificar ideas preestablecidas, prejuicios y clichés y provoca que se descarten los hechos. El resultado es la manipulación, la alienación y el aniquilamiento del pensamiento crítico al tiempo que golpea en las líneas de fractura de las sociedades para provocarlas primero, convulsionarlas después y desorientarlas finalmente. Con la *posverdad* se deconstruye, en su sentido derridiano, la verdad inicialmente y la sociedad como último estadio.

Los hechos objetivos influyen menos en la opinión pública que los llamamientos a la emoción. El infantilismo de la opinión pública del que deriva su mutabilidad es fruto de la combinación de una ausencia de responsabilidad, ya sea individual o colectiva —adolece de los defectos de todos los *global commons*, donde todos son responsables y nadie realmente lo es; esto permite cambiar radicalmente de parecer en muy poco tiempo, sin que nada pueda ser demandado al respecto—, de la falta de conocimiento de los asuntos públicos y de la primacía de la emoción. Como consecuencia, los datos reciben el mismo trato que las emociones, descartándose aquellos que generan desafecto.

La *posverdad*, como apuntaba Baudrillard⁷⁸, «No se trata ya de imitación ni de reiteración, incluso ni de parodia, sino de una suplantación de lo real por los signos de lo real». De ahí la dificultad de averiguar la exactitud de los hechos que tratan, derivada tanto de la falta de equilibrio en la presentación de la información como de la ausencia de credibilidad de las fuentes elegidas⁷⁹. Es por ello contingente, diversa, inestable, indeterminada, un conjunto de culturas desunidas o de interpretaciones que engendra un grado de escepticismo sobre la objetividad de la verdad, la historia y las normas⁸⁰.

Y es que el poder no se mide según el patrón de riqueza y el intercambio de bienes; de hecho no se da, no se intercambia, sino que se ejerce; no existe más que en acto y es «productor» de saber y de verdad⁸¹. Como decía Michael Foucault, «Estamos sometidos a la producción de la verdad desde el

⁷⁷ MANRIQUE, José Luis. *Op. cit.*, s.p.

⁷⁸ BAUDRILLARD, Jean. *Op. cit.*, p.11.

⁷⁹ MILOSEVICH-JUARISTI, Mira. *Op. cit.*, s.p.

⁸⁰ MARTÍNEZ MURCIANO, Luis María, 2017. *El tiempo está después. Tiempo y simulacro como paradigmas del cine posmoderno* [en línea]. Trabajo de fin de Máster en guión, narrativa y creatividad audiovisual. Universidad de Sevilla, Facultad de Comunicación, Sevilla. Disponible en web: <https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/64927/TFM-LUIS%20MARIA%20MARTINEZ.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.

⁸¹ GARCÍA CANEIRO, José; VIDARTE, Francisco Javier. *Guerra y filosofía*. Valencia: Tirant Lo Blanch, s.f., p. 199.

poder y no podemos ejercitar el poder más que a través de la producción de la verdad»⁸².

Es decir, el que tiene el poder tiene la verdad y no es una cuestión menor, pues la recíproca también es cierta. La transformación de un concepto no verdadero en algo que lo es encarna la esencia de aquello que nos ocupa en cuanto ejercicio real del poder. La lucha por el significado de un término es, en el fondo, una lucha por el poder. Esto lo pondría Lewis Carroll en boca de Humpty Dumpty: «las cosas significan lo que yo quiero que signifiquen, ni más ni menos. El problema es —dijo Alicia— si usted puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes. El problema es —dijo Humpty Dumpty— saber quién es el que manda. Eso es todo»⁸³. En este sentido, Goering decía que él decidía quien era o no judío.

La verdad sitúa el fiel de la balanza el margen del peso de las partes, por lo que estas, especialmente los poderosos, no buscan la decisión de un tribunal que limita sus opciones. Por eso los grandes juicios de la historia han versado sobre su concepto, desde Sócrates a Thomas Moore (libertad de pensamiento) pasando por Jesucristo o la Junta de Valladolid (1550-51, el imperio se detuvo para estudiar la licitud de la Conquista).

El célebre diálogo entre Pilatos y Jesucristo desarrollado en el *Lithostrōtos* (λιθόστρωτος, ubicado hoy, parece ser, en un convento en plena Vía Dolorosa) fue un diálogo sostenido nada menos que por un funcionario público sobre la verdad y el poder⁸⁴, y tanto Sócrates como Jesucristo fueron ejecutados por «impiedad» en un tiempo de confusión y deriva.

Entonces, como ahora, la *posverdad* abandona cualquier escrúpulo con respecto a los hechos para poder así suscitar una reacción emocional. Se buscan emociones poderosas como el temor, la rabia, la hostilidad, lo que se obtiene de común simplificando y presentando una realidad en blanco y

⁸² FOUCAULT, Michael. «Curso del 14 de enero de 1976», en VV.AA. *Microfísica del poder*, Madrid: La Piqueta, 1979 p. 140.

⁸³ LEWIS, Carrol. *Alicia a través del espejo* [en línea]. Capítulo 6. Disponible en web: www.elaleph.com/libros.

⁸⁴ «Pilato volvió a entrar al Pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Jesús respondió: ¿Esto lo dices por tu cuenta, o porque otros te lo han dicho de mí? Pilato respondió: ¿Acaso soy yo judío? Tu nación y los principales sacerdotes te entregaron a mí. ¿Qué has hecho? Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, entonces mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; mas ahora mi reino no es de aquí. Pilato entonces le dijo: ¿Así que tú eres rey? Jesús respondió: Tú dices que soy rey. Para esto yo he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz. Pilato le preguntó: ¿Qué es la verdad? Entró de nuevo al Pretorio y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le dio respuesta. Pilato entonces le dijo: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte, y que tengo autoridad para crucificarte? Jesús respondió: Ninguna autoridad tendrías sobre mí si no se te hubiera dado de arriba; por eso el que me entregó a ti tiene mayor pecado».

negro para movilizar a la opinión pública. Y repetir, porque la política es, en esencia, repetición, pedagogía.

¿Por qué, si no todos sí muchos, hemos recibido mensajes que alertan sobre ataques terroristas en centros comerciales o elevaciones al nivel máximo del estado de alerta, por ejemplo? Se busca atentar contra el sentido de la seguridad de la sociedad. La *posverdad* es un colaje, al decir de Umberto Eco en su célebre prólogo a la obra de Orwell, un trampantojo que tiende a sucesivas posiciones eclécticas y hacia un cierto pragmatismo en la medida en que existe un reconocimiento de la realidad. No busca imponerse; los equilibrios que plantea son su victoria, pues esta se consolida en términos de influencia. Forma parte de una estrategia, es un medio que sirve a otros fines: con ella se alimentan las narrativas que manipulan sentimientos y alteran la realidad apelando a clichés y prejuicios mientras se socaba la facultad de discernir.

Los propios medios de comunicación, en pro de una falsa objetividad, quedan condicionados en sus juicios y obligados a otorgar el mismo espacio tanto a la verdad como a aquello que no lo es. Por eso en política obtiene mayor cobertura mediática quien se sirve de la *posverdad*, pues sus postulados y debates, a favor y en contra, le dan un papel de centralidad en el panorama mediático ofreciéndole réditos.

La *posverdad*, según Roger Bartra, se construye en cinco etapas: en la primera un sitio o persona difunde una información impactante; la noticia se difunde indiscriminadamente en redes sociales; por su impacto, los medios la retoman y la difunden por no quedar fuera del *trending* informativo; la noticia es desmentida, pero tal cosa no tiene el mismo impacto que la noticia; la aclaración no se vuelve viral y la noticia queda en la mente de algunos, lo cual hace que sea una verdad a medias⁸⁵.

Con las insinuaciones se actúa sobre la dimensión emocional construyéndose sobre ella e implícitamente desplazando al receptor hacia una realidad paralela. La gente no quiere pensar tanto como confirmar lo que ya piensa. Es la psicopolítica: una construcción política realizada sistemáticamente sobre la base de su componente irracional, esto es, desde el sobredimensionamiento del factor emocional, a partir de una expresión exacerbada de la dimensión emocional-identitaria que se utiliza como medio para hacer llegar un mensaje. La política fractura así a la sociedad, la muele para hacer posible poder someterla. Como decía Orwell, «*el poder está en la facultad de hacer pedazos los espíritus y volverlos a construir dándoles nuevas formas*»⁸⁶.

En este sentido, Dominique Moïsi, en su obra *Geopolítica de las emociones*, desarrolla el análisis de las entidades colectivas a través de la psicología, porque el mundo de la globalización solo puede entenderse a través de las

⁸⁵ ORTEGA, Octavio. *Op. cit.*, s.p.

⁸⁶ ORWELL, George. 1984. Barcelona: Editorial Destino, 1999, p. 261.

emociones de sus ciudadanos, sus aspiraciones y frustraciones más íntimas; lo irracional se haya presente en todo y no es posible obviarlo. El caos de la globalización trae de vuelta el concepto de identidad. De este modo, las fronteras emocionales pesan más que las fronteras de cualquier otra índole. La fragmentación, a su vez, hace más fácil la dominación mediática.

Moisi concentra su trabajo en tres emociones sobre la base de su relación con la confianza: miedo (ausencia de confianza), esperanza (la expresión de la confianza) y humillación (la confianza herida), y con ellas articula el discurso. Estas emociones van a ser la raíz para la vehiculación de los mensajes, toda vez la accesibilidad al subconsciente que permiten.

Y la cosa puede llegar a los extremos de una PSYOPS (operación psicológica), de influencia y hasta de pura desinformación digital. La *posverdad* ha permitido el desarrollo de una estrategia: realizar vastas operaciones de influencia amparadas en los algoritmos y las redes.

Las *fake news* o noticias falsas

Desinformar es distribuir deliberadamente información falsa impidiendo o dificultando que la información correcta fluya hacia sus destinatarios. La desinformación (*deziformatsiya* en ruso) está diseñada para engañar y desorientar al oponente, perturbar su percepción de la realidad, influir en sus decisiones y socavar su eficiencia política, económica y militar. Se trata de una medida activa y por tanto agresiva que se sirve de la duda y la conciencia moral, ejes que sirven a la estructuración de las sociedades occidentales para atacar a estas. Subinformar es una parte de la desinformación que pasa por eliminar o apocar unas noticias y magnificar otras, amputarlas en su contenido o disminuir deliberadamente la importancia que tienen. Estamos ante formas de desmontar la verdad⁸⁷.

La desinformación afecta a los cimientos de la democracia al alterar su base, pues esta se sustenta sobre las decisiones pretendidamente libres e incondicionadas de los ciudadanos que, de este modo, se ven afectadas en los criterios para su adopción. Su relación con la *posverdad* es evidente. El mensaje que subyace en el fondo de todo es «no creas a nadie», o aun «no creas en nada»; se trata definitivamente de desestabilizar y desorientar.

Un concepto un tanto diferenciado de *posverdad*, y en el núcleo duro de la desinformación, son las llamadas *fake news* o noticias falsas. Se decía que la medicina era el arte de conducir a la muerte al enfermo «adornando el camino», con palabras griegas. Ese camino parece ser que se emprende ahora en inglés, el nuevo koiné. Este artificioso concepto, como también la propia idea de *posverdad*, es uno más de esos «espíritus que enturbian el agua para que parezca más profunda» que anunciaba Nietzsche.

⁸⁷ MILOSEVICH-JUARISTI, Mira. *Op. cit.*, s.p.

La novedad que encarna este término, que podríamos traducir en castellano claro como bulos (tal vez este término suene algo más vulgar y su mística sea inferior a las *fake news*), es que se abandona cualquier escrúpulo y lo que se pretende con él, directa y premeditadamente, es tanto engañar como influir en la conciencia emocional o manipular como se intenta desde la *posverdad* (que también). Hay así una separación más o menos tenue entre ambos conceptos, por más que el segundo englobe al primero; se encuentra referida al nivel de relación con la base real de la noticia, aunque la intencionalidad sea la misma.

Pero la creación de un término (volvemos de nuevo a lo que sucedía con la *posverdad*) viene a suponer una cierta legitimación de una práctica mediante su banalización. En un informe para la Comisión Europea, un grupo de expertos de alto nivel solicitaba que se abandonase toda vez que lo consideraba inadecuado, en la medida en que no explica la complejidad de la situación y genera confusión en los debates sobre la materia a todos los niveles⁸⁸.

Las razones de las llamadas *fake news* son variadas y van desde la manipulación o la extensión de cortinas de humo (generar ruido mediático para encubrir informaciones de mayor envidia) al desprestigio de una institución hasta el puro beneficio económico. Y es que los clics se traducen en beneficio —por ejemplo, el que se obtiene ligado a la publicidad—, habiéndose detectado hasta una industria para su fabricación en lugares insospechados como el pueblo de Veles, en Macedonia.

Las *fake news* suponen una actividad que incorpora algún tipo de beneficio toda vez que su desarrollo es oneroso. No se hace un esfuerzo sin pretender beneficio. Para combatir las es imperativo, en primer término, comprender sus razones e identificar a la fuente que las ha estimulado. Como ya apuntaba Derrida, «Lo relevante en la mentira no es nunca su contenido, sino la finalidad del mentiroso».

Noticias falsas, bulos, han habido siempre en la historia de la humanidad. En eso no hay nada nuevo. La auténtica noticia es, en realidad, la facilidad y profundidad con que ahora penetran en la sociedad de la mano de las tecnologías de la información, las TIC, y el carácter masivo de ello. Las noticias falsas vienen a ser también una suerte de *jamming*, de perturbación intencionada, que eleva el nivel de ruido ambiente y dificulta que la información llegue a su destinatario real, y puede ser focalizada. La auténtica verdad queda escondida ante un cúmulo ingente de falsedades a las que es asimilada.

La desconfianza hacia esta, a su veracidad e intencionalidad, se traduce en desconfianza hacia el conjunto de la sociedad y afecta a su cohesión. Afecta también a las instituciones, a su credibilidad, pues vienen a ser uno de los

⁸⁸ WARDLE, Claire; KELIS NIELSEN, Rasmus; MANTZARLIS, Alexois; JIMÉNEZ CRUZ, Clara. «Seis puntos clave del informe sobre desinformación del Grupo de expertos de la Comisión Europea», en *Periódico El Diario* [en línea]. 12 marzo 2018.

blancos preferentes de sus ataques ya que son, o deben ser, la base que soporta el tejido social. Sirve pues, directamente y sin ambigüedades, a la deconstrucción de las sociedades.

Las personas con bajos niveles de preparación, los iletrados funcionales, son más vulnerables a este tipo de noticias, aunque no exclusivamente. Aun incluso cuando la información ya ha sido refutada, diversos estudios sociológicos aprecian un sesgo en el sentido pretendido por esta, hasta el punto de que no se puede deshacer la información incorrecta y esta adquiere una viralidad con la que la verdad no cuenta por resultar menos atractiva desde el punto de vista informativo; los desmentidos son esa parte que se denomina «epílogo» en el ciclo informativo en la que se sustancia la verdad y cuya relevancia mediática es escasa por su menor valor emocional y por aparecer por fuera de la ventana de interés mediático.

Pero todo esto es antiguo, si bien se ve renovado por todo el aparataje técnico que se ha desarrollado con vistas a su puesta en marcha. El ejemplo de la célebre aria *La calunnia*⁸⁹ del Barbero de Sevilla de Rosinni es una buena muestra.

⁸⁹ La calunnia è un venticello,
un'auretta assai gentile
che insensibile, sottile,
leggermente, dolcemente
incomincia,
incomincia a sussurrar
Piano piano, terra terra,
sottovoce, sibilando,
va scorrendo, va scorrendo
va ronzando, va ronzando;
nell'orechie della gente
s'introduce,
s'introduce destramente,
e le teste ed i cervelli,
e le teste ed i cervelli fa stordire,
fa stordire e fa gonfiar.
Dalla bocca fuori uscendo
lo schiamazzo va crescendo
prende forza a poco a poco,
vola già di loco in loco;
sembra il tuono, la tempesta
che nel sen della foresta
va fischiando,
brontolando, e ti fa d'orror gelar.
Alla fin trabocca e scoppia,
si propaga, si raddoppia
e produce un'esplosione
come un colpo di cannone,
come un colpo di cannone.
Un tremuoto, un temporale,

La calumnia es un vientecillo,
una aurita así, gentil,
que imperceptible, sutil,
ligeramente, dulcemente,
comienza,
comienza a susurrar.
Bajo, bajo, a ras de tierra,
en voz baja, sibilante,
va corriendo, va corriendo,
va zumbando, va zumbando;
en las orejas de la gente
se introduce,
se introduce hábilmente
y las cabezas y los cerebros,
y las cabezas y los cerebros
hace aturdir y hace hinchar.
Una vez fuera de la boca
el alboroto va creciendo,
toma fuerza poco a poco
vuela ya de un lugar a otro;
parece un trueno, una tempestad
que en medio del bosque
va silbando,
atronando, y te hace de horror helar.
Al final se desborda y estalla,
se propaga, se redobla
y produce una explosión,
¡como un disparo de cañón!
¡como un disparo de cañón!
Un terremoto, un temporal,

La ausencia de una labor de cribado eficaz en las redes sociales hace que el usuario quede consignado como único juez de la veracidad de las noticias que se le hacen llegar, por más que no tenga ni la condición de experto ni acceso a fuentes ni herramientas útiles con vistas a su valoración.

Por el contrario, no pocas de estas noticias son auténticos productos de ingeniería social, construidas sobre retazos de realidad y elementos emocionales dirigidos a segmentos de la sociedad predispuestos a aceptarlos o a conmocionar y hacer dudar a aquellos que no lo están. Todo ello a través de piezas informativas amarillistas construidas deliberadamente para impactar y generar polémica, con las que se intenta afectar a la percepción del lector. Lo importante es centrar o descentrar el debate. Un estudio de la revista *Science*⁹⁰ de 2018 acreditaba que es el elemento humano, y no los bots, el principal responsable de la viralidad de las noticias falsas, y no puede resultarnos extraño, pues para eso han sido construidas.

Se busca para ello golpear en las líneas de fractura de la sociedad, en los intersticios sísmicos, provocando su polarización primero y su fragmentación después. Se trata, a la postre, nuevamente de romper la comunidad al inspirar desconfianza entre sus miembros. Como está escrito en la Biblia, «Un reino donde hay luchas internas va a la ruina; y una ciudad o una familia dividida no puede subsistir» (Mateo 12, 25).

Pretende servirse de periodos de tensionamiento, de polarización *per se*, como pueden ser los procesos electorales con vistas a conseguir lo anteriormente apuntado. En política no se trata tanto de apoyar a tal o cual candidato considerado más favorable, que también, sino, ante todo, cuestionar el marco, hacer dudar a la comunidad, resaltar las contradicciones e insuficiencias del sistema que la soporta, poner a este en tela de juicio, someterlo a presión y hacer dudar de las propias referencias. El marco de las elecciones, por la polarización y por poner de manifiesto la quiebra social, es sumamente propicio para ello.

El ataque contra Hillary Clinton en el contexto del proceso electoral norteamericano de 2016, por ejemplo, podía tener como objetivo no tanto promover

Un tumulto generale
che fa l'aria rimbombar!
E il meschino calunniato,
avvilito, calpestato,
sotto il pubblico flagello
per gran sorte ha crear.
E il meschino calunniato,
avvilito, calpestato,
sotto il pubblico flagello
per gran sorte ha crear.

un tumulto general
que hace agitar el aire.
Y el infeliz calumniado,
envilecido, aplastado,
bajo el azote público
podrá considerarse afortunado si muere.
Y el infeliz calumniado,
envilecido, aplastado,
bajo el azote público
podrá considerarse afortunado si muere.

⁹⁰ Vosoughi, Soroush; Roy, Deb; Aral, Sinan. «The Spread of true and false news on line», en *Science*. 9 marzo 2018. Vol. 359, Issue 6380, pp. 1146-1151. DOI: 10.1126/science.aap9559.

a su rival como fracturar la comunidad y atacar al marco, empañar la credibilidad de la democracia norteamericana y dañar a las instituciones que se sustentan sobre esta, debilitando, en cualquier caso, al futuro presidente norteamericano, que se convierte además en sospechoso.

Esto golpea directamente en la línea de fractura, en la juntura entre la sociedad y las instituciones que esta genera en un momento de acentuada debilidad. Es más, una de las consecuencias de la pérdida de calidad democrática iniciada con la crisis de las instituciones inherente a la posmodernidad es precisamente la relajación del sentido crítico por parte del ciudadano, que ya no jerarquiza, distingue o valora en términos racionales la veracidad del discurso público. Por eso son tan vulnerables.

De este modo, lo que sucede con las *fake news*, y con ello con todo el concepto de *posverdad* de las que, recordémoslo una vez más, estas vienen a ser parte, es que son un síntoma de un problema de mayor calado. Este, en algunos países, puede ser producto de la crisis de su modelo de ciudadanía materializado en forma de bajos estándares educativos, analfabetismo funcional y fragmentación social.

De hecho, en la nueva política, el relato convencional anclado antaño en una ideología que lo ligaba y explicaba todo ahora ha desaparecido. Los datos y las historias verificables, por más que interpretables, han sido sustituidas por unas narrativas fragmentadas sobre la base de una trama difusa y que se sirve de una lógica en blanco y negro para polarizar el espacio político y reafirmarse en temas que no son los pivotes efectivos de la política real y que pueden no tener nada que ver con ella⁹¹.

El nuevo relato está construido sobre el discurso corto e impactante (la lógica de caracteres de Twitter), la *posverdad*, y se traslada mediante un lenguaje emocional. Este sirve para interpelar a un ciudadano que, de partida, desconfía de las instituciones clásicas que considera periclitadas⁹². El discurso público se halla salpicado de lugares comunes, a los que parece que se ha de rendir necesariamente culto, y de elementos simbólicos, presentándose por ello deslavazado e incoherente, por más que, como es sabido, envuelva un plan de acción semiclandestino. De hecho, el prefijo *semi-* está en casi todo lo relacionado con el mundo posmoderno.

La *pospolítica*

La política de la *posverdad*, la *pospolítica*, según la bautizó Christian Salmon en 2007, conforme a esta lógica trata de crear o modelar la opinión pública

⁹¹ SARASQUETA, Gonzalo. «Pospolítica ¿autopsia o metamorfosis del relato? El caso de Donald Trump», en *Revista Especializada en periodismo y comunicación: Questión*. Universidad de Río de la Plata, vol. 1, n.º 57, 2018: Verano (enero-marzo).

⁹² *Ibidem*.

actuando más sobre las emociones y las creencias personales que sobre los hechos objetivos. Para ello utiliza preferentemente los sentimientos que Moïsi identificará en su relación con la confianza: miedo, esperanza y humillación. Los manipula para el logro de objetivos no explícitos, y con ellos golpea algunas de las líneas de fractura de la sociedad.

La *posverdad* se convierte en la savia de esta concepción de la política. Esta se sirve de las redes sociales, de una población con acceso a la información pero con tiempo limitado para su análisis, y aun sin la formación y capacidad de discriminación precisa para el mismo. La clave para su puesta en práctica es la ausencia de crítica por presentarse envuelta en el magma de la *posverdad* y por la propia ausencia de pensamiento crítico, amparada a corto, además, por la debilidad del periodismo.

El término *agitprop* (agitación y propaganda) era una estrategia política eficazmente utilizada durante la Revolución rusa. Surgió como un movimiento creado por artistas de la época para influir en la opinión pública en una doble vertiente: de un modo pasivo, sobre las conciencias con la propaganda, y de un modo activo, mediante la agitación⁹³.

Si pensadores como Chomsky o Derrida eran tradicionalmente definidos como «alternativos», ahora lo alternativo, precisamente, se ubica en el poder. Y eso resulta extraño o, cuanto menos, novedoso. El poder ahora, desde esta concepción de la política, hace *agitprop* y también es «alternativo». Sorprendente oxímoron.

Toda vez que la política se asienta sobre percepciones, el término *pospolítica* viene a describir la generalización y público reconocimiento (no se olvide ni se desprecie esta idea) de una práctica. Se trata de conectar con los sentimientos y emociones del público, con su condición vital, y de ahí, por camino inverso, llegar a su razón.

Estamos más que ante una novedad —esto, de hecho, en mayor o menor medida, siempre ha sido así— ante una sistematización, un modelo que se desarrolla con un reconocimiento público que la legitima, pues supone la aceptación de una práctica. Y en eso, precisamente, radica la autoridad, en el ejercicio legítimo del poder; la cuestión es que, por más que aceptada, supone una importante degradación de la democracia representativa desde el momento que, como resultado de la diglosia, se hurtan a la ciudadanía no ya los fines políticos alcanzados, sino la propia agenda política.

No obstante, eso no es muy diferente de la propuesta de Maquiavelo, una política que se asienta sobre el engaño. Como este escribía a Francesco Guccini en 1521, «Yo nunca digo todo lo que creo ni creo nunca lo que digo, y si se me

⁹³ LENOIR-GRAND PONS, Ricardo. «Cuando la información busca desestabilizar el enemigo», en *Revista On line La Grieta* [en línea]. 17 abril 2017. Disponible en web: <http://lagrietaonline.com/cuando-la-desinformacion-busca-desestabilizar-al-enemigo/>.

escapa alguna verdad de vez en cuando, la escondo entre tantas mentiras, que es difícil encontrarla», y apuntaba en su gran clásico: «Los hombres son tan simples y unidos a la necesidad que siempre el que quiere engañar encontrará a quien le permita ser engañado».

La percepción en política lo es todo. No en vano, Richelieu decía que «El disimulo es la ciencia de los reyes». Hasta el propio Max Weber sostenía que la veracidad no era de aplicación en la política. La política no ha sido nunca entendida como puro engaño, sino que el engaño era algo de lo que se podía servir la política para el logro de sus fines. Es más, entre la verdad y la política se establece una relación dialéctica toda vez que la política no puede ser completamente sierva de la verdad en la medida en que, como expresión de la realidad, aspira a cambiarla. La verdad viene a convertirse, por ello, en una herramienta más al servicio de la política. La diferencia con el momento actual es que las redes también cuentan con esa capacidad y la sociedad civil ha desbordado a través de ellas al Estado.

La manipulación se acomete desde las mismas raíces a través de la imposición del marco, de la fijación del lenguaje. El lenguaje hace posible el raciocinio, y sobre la verdad se construye la civilización y la democracia. La neolengua de la que se sirve la *posverdad*, el lenguaje orwelliano, puede escenificarse en los ciento cuarenta caracteres de Twitter, un lenguaje comprimido cuyo poder de concentración, acentuado aún más por el empleo de imágenes visuales, favorece el extremismo⁹⁴. Con ciento cuarenta caracteres se puede dar opinión, pero no hacer análisis, y en esos caracteres debe haber hueco para lo políticamente correcto, que ocupa un espacio no menor. La política, que es discurso, queda así sesgada por el poco espacio, que obliga a adjetivar llamativamente para captar al público, y ahuecada.

Además es un lenguaje dirigido, focalizado, hacia receptores concretos a través de poderosas herramientas que, como el *data mining*, permiten el estudio de tendencias y la determinación de blancos objetivos⁹⁵. Como apunta Baudrillard, «Vivimos en un mundo en el que la más elevada función del signo es hacer desaparecer la realidad y enmascarar al mismo tiempo esa desaparición»⁹⁶.

Twitter, a su vez, hace válido el liderazgo tipo director de orquesta que describíamos como característico del siglo XXI. Este, recordemos, permite al líder entrar en contacto directo con sus seguidores sin intermediaciones, transmitiéndoles la esencia de su discurso.

⁹⁴ LENOIR-GRAND PONS, Ricardo. *Op. cit.*, s.p.

⁹⁵ FERNANDO JUAN, José. «7 apuntes sobre la *posverdad* en las redes sociales», en *Revista Entre paréntesis*. 19 diciembre 2016. Disponible en web: <http://entreparesis.org/posverdad-en-redes-sociales/>.

⁹⁶ BAUDRILLARD, Jean. *El crimen perfecto*. S.l.: Editorial Anagrama, 1997, p. 17.

Se trata de fijar una relación directa y emocional con el ciudadano sobre la base de una política expresiva. De este modo, la teatralización y personalización del líder político le transforman en una suerte de presentador o conductor, situándole en un universo distinto de los hechos que detalla, sea parte de ellos o no. De este modo, se transforma en la figura del teatro grecorromano del *Deus ex machina*: trasciende los parámetros que vienen a definir la realidad; es más, se transforma en un adalid de la voluntad popular en su lucha contra el sistema de balances y contrapesos característico del modelo democrático en la medida en que este, repudiado como obsoleto e ineficaz, limita su capacidad para la renovación.

El estilo disruptivo que algunos de los nuevos comunicadores políticos despliegan genera una narrativa inédita que encaja parcialmente con el andamiaje clásico del relato, en la medida en que enlaza ideas inconexas sin tener en cuenta su veracidad o verosimilitud. A la carga emocional intrínseca a los mismos, y sobre la base de un guion binario —una lectura de la situación en clave de buenos y malos, justo o injusto— se aplica una tensión narrativa, la agonía del teatro, con la que se desafía el modelo político vigente por caduco y corrupto. El líder pospolítico queda consignado en este escenario como un elemento catárquico en la voz del pueblo.

El *storytelling* (la narrativa) es una comunicación estructurada, toda una unidad de acción con la que se apela a los sentidos y emociones mientras se aporta una verdad que orienta el conjunto. La carga emocional de los relatos capta mejor la atención que la simple información, haciendo que pueda aprenderse el sentido que la elección de acontecimientos, reales o ficticios, pretende imprimir. El miedo o la ironía reemplazan a los datos y la coherencia del conjunto facilita la penetración en una sociedad de conceptos débiles que se funden ante ella como el hielo en un día templado⁹⁷. Como apunta Roger Bartra, además hay mucha información que fluye como entretenimiento, lo que la deriva hacia áreas en las que no predomina la reflexión y facilita de este modo, una vez más, su penetración⁹⁸.

La hiperfragmentación, los saltos narrativos y la presencia de grandes comunicadores como el presidente norteamericano Donald Trump quedan conexionados y adquieren un sentido como parte de ella, de modo que empalman con una sociedad ligera y caracterizada sociológicamente por un alto proceso de desideologización y una profunda crisis de las instituciones que la soportan junto con un escepticismo transversal a todos los estratos sociales⁹⁹.

Los valores, sentimientos y emociones funcionan como envoltorios de los mensajes y aseguran un impacto facilitado por el *shock* que provoca el len-

⁹⁷ SARASQUETA, Gonzalo. *Op. cit.*, s.p.

⁹⁸ ORTEGA, Octavio. *Op. cit.*, s.p.

⁹⁹ SARASQUETA, Gonzalo. *Op. cit.*, s.p.

guaje emocional. Se pasa de un tema a otro, dentro de un espectro reducido de ellos, mediante una suerte de trazos, un esbozo característico de la técnica pictórica expresionista que deja a la imaginación del espectador rellenar los huecos. Esto es, se efectúa un microrrelato para que la composición final, ya en clave macro, la haga el votante, posicionándose sobre uno de los extremos del tema abordado, como se pretendía¹⁰⁰.

Son discursos muy focalizados y dirigidos hacia ciertos sectores considerados estratégicos, al tiempo que se rechaza abiertamente encontrar caladeros en otros por los costos del proceso y para marcar aún más el propio discurso. El coste es, nuevamente, una mayor fragmentación de la sociedad contrapuesta a la voluntad inherentemente inclusiva de la democracia.

Utilizan, además, lo que se conoce como *dog whistle policy* para llamar a terceros, es decir, una suerte de metáforas con las que se alude y critica a otros grupos sin explicitar tal cosa. Así se habla de la droga o de los problemas en el centro de las ciudades para evitar formulaciones racistas pese a que se encuentran implícitas al racionamiento o se señalan referencias a la diferencia como formas para evitar el impopular supremacismo inherente al discurso nacionalista extremo.

Los votantes se ven transformados en mera audiencia al haberseles hurtado el debate y con ello la soberanía. Y es que, en esta concepción de la política, el debate racional es sustituido por un discurso emocional en el que se elimina toda huella que descubra un ideario que yace oculto y que puede encontrarse realmente formulado por especialistas. Es decir, existe discurso pero este ni encaja con ninguna ideología concreta (sus fronteras se disuelven y no se aceptan sus explicaciones) ni, sobre todo, se presenta¹⁰¹.

Las emociones son la base del relato mientras la política se escenifica como espectáculo. Lo real, lo objetivo y lo racional son innecesarios para interperlar políticamente. La credibilidad no es relevante, sino un impedimento para la visibilidad. El *shock*, la inventiva y la espectacularización, por el contrario, sí lo son. El líder queda así constituido en un nuevo «*conductor*» en el marco de un sistema de balances y contrapesos que rechaza tales figuras y flota sobre un magma irreal al que permanece ajeno.

Para pensadores como Žižek, la pospolítica supone dejar atrás las viejas luchas ideológicas para encubrir lo que ha pasado a ser la administración y gestión de expertos, esto es, la despolitización de la política. De este modo, el multiculturalismo normativo implica desplazar la atención de cuestiones estructurales —que, como la economía especialmente, quedan tecnificadas y convertidas en el estado objetivo de las cosas— hacia cuestiones identitario-culturales, lo que necesariamente lleva a una sociedad despolitizada en tanto que solo interesada por el reconocimiento de las identidades

¹⁰⁰ Ibídem.

¹⁰¹ SARASQUETA, Gonzalo. *Op. cit.*, s.p.

marginales, fluidas y mutables (género, ecología, etnia, minorías culturales, sexualidad...) y por la tolerancia con la diferencia. Sin menospreciar estas cuestiones en las que reconoce que se han producido avances, su propuesta, como buen neomarxista, es repolitizar la economía.

La guerra híbrida y la *posverdad*

No resulta posible avanzar sin entender la esencia de uno de los conceptos que se está tratando: la guerra. Pero definir lo que es una guerra es hartamente complejo, porque se está, para empezar, ante una palabra vaga cuyo significado puede incluir desde violencia hasta aspectos morales e intimistas. Es, desde esta perspectiva, un concepto político y sociológico.

Pero también y simultáneamente, se está ante una institución de derecho internacional público; es más, para algunos juristas como Panebianco, la más importante. Y es que la palabra *guerra* es una palabra con un sentido jurídico muy claro y explícito en tanto que define la situación de dos Estados. Es por ello un término demasiado preciso para un mundo en el que la polisemia y la imprecisión otorgan más opciones a la política. Esta dualidad de significados, que aúnan además precisión e imprecisión, genera no pocos problemas.

Para empezar, la guerra no es un concepto estático; sus límites, además, son nuevamente imprecisos, ya que no los marca necesariamente el derramamiento de sangre. La guerra es, eso sí, violencia organizada; es decir, exige para su concreción una organización de la violencia hasta el punto de que solo puede existir guerra si existe una organización que sea capaz de administrar la violencia. Supone violencia en la medida en que encarna un choque de poderes. Pero esa violencia, para no pocos autores, no precisa materializarse en derramamiento de sangre como bien prueba la derrota de la URSS que trajo el fin de la guerra Fría. La guerra no es una actividad necesariamente sangrienta, pero sí una actividad necesariamente política.

Y es que es cierto que la guerra puede plantearse, en términos militares, como una sucesión de batallas: quien las gane todas, gana la guerra. Pero la experiencia de Francia en Argelia o de Estados Unidos en Vietnam prueba que esto no es siempre así; que la victoria, la resolución militar del problema no tiene que encontrarse en relación directa con la paz, su resolución política, por más que el bando ganador trate de partir de tal situación para fijar sus términos.

La guerra es ante todo un enfrentamiento de poderes, un choque en todas sus dimensiones. Y no es un acto ni ético, ni justo, ni económico, ni médico (puede hasta presentarse como una epidemia de politraumatismos), ni siquiera militar. Es un acto político, de gestión de poder, el más relevante, de modo que cualquier análisis que se realice sin tener en cuenta este hecho, esto es, referido solo a uno de los planos, es incompleto, falso y profundamente erróneo. La guerra es una función, un instrumento de la política, y

quien vea en ella otra cosa yerra gravísimamente. Como dijera Mao, la guerra es política con derramamiento de sangre; la política es —vista a los ojos del líder chino— guerra sin derramamiento de sangre.

No es la continuación de la política por otros medios, como dice la traducción tradicional de Clausewitz, sino más acertadamente la prosecución de la política por otros medios, que es lo que realmente dice el germano. La guerra es así una opción política más, esto es, no diferenciada de otras.

Es la política la que en última instancia fija los límites, las restricciones, las condiciones. Los límites no los imponen los medios, es decir, las operaciones militares, los imponen los fines, es decir, los objetivos políticos, aunque ciertamente los objetivos están condicionados por las opciones que hacen posibles los medios. Los límites del campo de batalla los debe fijar la política. Si la política no fija los límites de la guerra, la guerra además de total, se tornará absurda¹⁰². La guerra, pues, posee su propia gramática, pero la política es su cerebro (de hecho, genera una conducta específicamente política)¹⁰³.

La guerra es ante todo un choque de poderes más que un choque de violencias y encarna una actitud, un enfoque hostil hacia otro colectivo que puede materializarse mediante medios violentos que se suman a otros que pueden ser incluso más relevantes. Es más, el maquiavelismo de la estrategia confunde fuerza con poder, y ese es un grave error fruto de una interpretación simplista e irreflexiva de lo que es el poder.

Por eso las doctrinas militares modernas han tenido que recurrir a conceptos como la *guerra asimétrica o híbrida* para poder explicar una actitud de confrontación que no se materializa fundamentalmente en derramamiento de sangre, esto es, en el plano intrínsecamente militar; la pugna se desplaza verticalmente hacia planos no militares —opinión pública, economía, plano mediático, suministros...—, donde la parte más débil puede moverse más cómodamente e incluso con superioridad (al menos temporalmente) infiriendo daño al más fuerte. De hecho, si en un conflicto la parte más débil acepta las reglas que le impone la parte más fuerte, su lucha acabará inevitablemente en derrota. Lo que debe hacer el débil es expandir el marco del conflicto hasta encontrar aquel que lo haga más poderoso que su rival y tratar de llevarlo a él.

En los conflictos se pretende anular la voluntad de combatir de la contraparte (la guerra es una actividad del espíritu como diría Clausewitz) y asegurar la propia; es la dislocación del enemigo tan del gusto de Liddell Hart con la que se intenta deshacer su equilibrio, psicológica y físicamente, para su

¹⁰² GONZÁLEZ MARTÍN, Andrés, et al. «Evolución del pensamiento estratégico», en X Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, 2008. Departamento de Estrategia y Relaciones Internacionales de la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas.

¹⁰³ SCHMITT, Carl. *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial, 1991, p. 64.

derrota sin necesidad de un sangriento enfrentamiento directo. En este sentido, Verstrynge constata:

«El notable el giro de 1917: hasta entonces solo se había hablado de la importancia de la guerra psicológica como arma desmoralizadora del soldado enemigo; el frente interior se mantenía por sí solo y se suponía con éxito. Sin embargo, posteriormente a 1916, el casi hundimiento de los contendientes demostró que se necesitaba también “proteger” psicológicamente a la población propia»¹⁰⁴.

Es más, algunos autores atribuyen el fin de la Primera Guerra Mundial al colapso psicológico de los líderes militares —Hindenburg y Ludendorff, principalmente—, que sobrevaloraron la gravedad de la situación militar creando una situación de alarma entre el pueblo y la clase política, lo que tuvo como consecuencia tanto su derrumbe interno como el de los propios aliados¹⁰⁵.

León Trotsky lo expresaba gráficamente con la poco delicada figura del «puñetazo al paralítico»¹⁰⁶; Hitler decía que «todas nuestras verdaderas guerras se entablaron antes de que comenzaran las operaciones militares»¹⁰⁷, apuntando a que «nuestra estrategia consiste en destruir al enemigo desde dentro», mientras Lenin insistía en «retrasar las operaciones hasta que la desintegración moral del enemigo haga a la vez posible y fácil asestar el golpe definitivo»¹⁰⁸. Pero todo ello ya fue subrayado por Sun Tsu, que recomendaba promover el desorden del contrario. Son precisamente estos efectos psicológicos los pretendidos por el terrorismo a través de la asociación de violencia y presión mediática; para ello se sirve de pulsos discontinuos de terror que se prolongan en el tiempo¹⁰⁹.

En cualquier caso, la comunidad internacional ha hecho menos probable el enfrentamiento militar, consignando otras vías diferentes para materializar el choque de poderes. Ese encaminamiento se hace nuevamente a través de palabras. El objetivo de la guerra es la paz, una contradicción dialéctica que solo se supera con la aceptación de que ambos términos pertenecen a la política, razón por la que no entran en conflicto, como a primera vista parece, y cuentan hasta con espacios comunes y de complementariedad.

Además, la guerra es una forma de relación. Entre quienes no hay relación no hay guerra. En esencia, es un diálogo que incorpora un suplemento de violencia y pertenece a la lógica del encuentro. Por consiguiente, para su co-

¹⁰⁴ VERSTRYNGE, Jorge. *Una sociedad para la guerra*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979, p. 368.

¹⁰⁵ LIDDELL HART, B.H. *Estrategia: la aproximación indirecta*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1989, pp. 200 y ss.

¹⁰⁶ FRÍAS O´VALLE, José. *Nuestra guerra y nuestra paz*. Móstoles: Colección Adalid, 1985, s.p.

¹⁰⁷ LIDDELL HART, B.H. *Op. cit.*, pp. 208 y 209.

¹⁰⁸ *Ibíd.*, p. 153.

¹⁰⁹ Münkler, Herfried. *Viejas y nuevas guerras*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2002, p. 143.

recto desarrollo precisa desplegar todos los elementos de cualquier forma de diálogo: empatía, alteridad, conocimiento del otro... Como dijera Glucksmann, «se comunica mediante actos más que mediante palabras, o mediante actos que se añaden a las palabras y la acción se convierte en una forma de comunicación»¹¹⁰.

La guerra, en tanto que hecho social, se extiende allí donde llega la sociedad. Si esta alcanza a Internet, a las redes sociales, hasta allí llega esta. De no tomar en consideración este sector, la contraparte puede provocar el desbordamiento por flanco. Utilizando nuevamente las palabras del pensador francés antes citado respecto de la guerra, esta «[...] es un choque de discursos, que no gana el mejor [...] sino el que abarca el campo de batalla [...] no solo establece las condiciones de toda comunicación: es, en sí misma, comunicación»¹¹¹.

La guerra híbrida implica la acción concertada y simultánea de componentes regulares e irregulares, una naturaleza compuesta en la que se asocian indiferenciadamente lo convencional y lo no convencional, al tiempo que existe coordinación entre ellos. La complementariedad y coordinación entre ambos términos genera efectos sinérgicos¹¹².

La Estrategia de Seguridad Nacional 2017 muestra como:

«A los tradicionales conflictos armados se unen formas adicionales de agresión e influencia, amenazas asociadas a la proliferación de armas de destrucción masiva y otras variantes de actos hostiles. Sofisticados sistemas de armas de alta precisión se combinan con la letalidad funcional de ciberataques y acciones de influencia y desinformación. La ambigüedad y la dificultad de atribución son factores constantes de los denominados conflictos híbridos, aquellos que incorporan operaciones de información, subversión, presión económica y financiera junto a acciones militares. Estas acciones, perpetradas tanto por actores estatales como no-estatales [*sic*], tienen por objeto la movilización de la opinión y la desestabilización política»¹¹³.

En este sentido, la utilización de estrategias de comunicación en forma de narrativas, propaganda o *fake news* encaja muy bien con esta lógica de guerra. La información ha estado militarizada desde antes de que Lenin lo hiciera. El derrotar al enemigo desde dentro fomentando el disenso, la desunión

¹¹⁰ GLUCKSMANN, André. *El discurso de la guerra*. Barcelona: Anagrama, 1969, p. 108

¹¹¹ *Ibidem*, p. 83.

¹¹² GARCÍA GUINDO, Miguel; MARTÍNEZ-VALERA GONZÁLEZ, Gabriel. «La guerra híbrida: Nociones preliminares y su repercusión en el planeamiento de los países y organizaciones occidentales», Documento de trabajo del Instituto Español de Estudios Estratégicos, n.º 02/2015.

¹¹³ Gobierno de España. *Op. cit.*, pp. 59-60.

o hacerle adoptar decisiones inadecuadas es, como ya hemos visto, tan antiguo como la guerra.

Probablemente, sean los rusos los que tengan en este campo una mayor experiencia y práctica, aunque solo sea por el pasado. La principal estrategia de la doctrina de la llamada guerra de Nueva Generación es una «estrategia de influencia, no de fuerza bruta», porque su objetivo trascendental es «romper la coherencia interna del sistema [político, económico, militar] del enemigo, y no aniquilarle». Según la visión conceptual del Ministerio de Defensa ruso de 2011, los objetivos de la guerra informativa son «socavar el sistema político, económico y social, adoctrinar la población para desestabilizar la sociedad y el Estado y forzar a los Estados a tomar decisiones favorables a los intereses de sus oponentes». Esta visión fue perfeccionada en 2013 por el general Valeri Gerasimov, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Rusia, que escribió que lo que más distingue la guerra convencional de la guerra híbrida es la simultaneidad en esta de las batallas en tierra, mar, aire y espacio informativo, y el uso de métodos indirectos y no lineales para alcanzar objetivos militares. De este modo, certifica que las reglas de la guerra han cambiado para adaptarse a los nuevos tiempos y, en muchos casos, el papel de los medios no militares superaba a la fuerza de las armas¹¹⁴.

La *posverdad* puede venir a instalarse en este modelo estratégico de guerra; se encuentra dirigida a debilitar una sociedad con vistas a una acción posterior o a socavar su acción exterior y consistencia. Una de las medidas acordadas tras la declaración conjunta OTAN-UE realizada tras la cumbre de Varsovia de la Organización Atlántica celebrada en 2016 fue la lucha contra las amenazas híbridas, en particular mediante la elaboración de procedimientos coordinados. El East Stratcom es un proyecto que obedece a este espíritu por la Unión Europea en 2015 dedicado a desarrollar campañas de comunicación y contenidos, centrado en explicar la política europea para el Este para evitar intentos de desinformación. Y aun la propia Comisión Europea, como ya se ha aludido, ha creado un grupo de expertos de alto nivel que han dictaminado sobre las *fake news*.

La Estrategia Española de Seguridad (EES) la contempla como una amenaza:

«La influencia de movimientos exclusivistas crece por el uso masivo de las redes sociales. Asimismo, la manipulación de la información por parte de agentes externos ejerce de factor de influencia en la era de la *posverdad*, con efectos negativos en la cohesión social y la estabilidad política»¹¹⁵.

Las amenazas híbridas son amenazas inconcretas que, no pocas veces, no se formulan como tales, y, en no pocas ocasiones, es difícil la atribución en su concreción. Además, en los Estados, a veces aparecen instituciones y or-

¹¹⁴ MILOSEVICH-JUARISTI, Mira. *Op. cit.*, s.p.

¹¹⁵ Gobierno de España. *Op. cit.*, pp. 36-37.

ganismos oficiales junto a otros que no lo son y que se presentan como entes privados por más que actúen coordinados o en connivencia con las propuestas políticas de aquellos; como resultado, resulta difícil atribuir responsabilidades, acreditar su naturaleza estatal, y más aún en el nebuloso mundo de las redes e Internet. Un ejemplo pudieron ser, al principio y en su momento, los llamados *pequeños hombres verdes* que pululaban por los territorios ucranianos en controversia en 2014.

Superar la *posverdad*

La *posverdad* plantea, según se ha visto, un grave riesgo para la Seguridad Nacional al tensionar tanto a la sociedad como al aparato que la soporta. El reino del algoritmo, de los automatismos y de la falta de periodismo de calidad le deja el camino expedito¹¹⁶. Esta acrecienta y exhibe maliciosamente las contradicciones y vulnerabilidades de las sociedades, utilizando las oportunidades que se le presentan y generando una crisis en la confianza; con ello se pretende debilitar las instituciones y provocar la atomización del espacio social como forma deliberada de debilitar a las sociedades objetivo. Pero las vulnerabilidades son reales y están ahí. Uno de los primeros pasos para luchar contra la *posverdad*, por tanto, pasa por corregirlas.

No basta con que las cosas se asemejen o simulen ser para que sean reales. La contraintuitividad, el «asombro epistémico», es la marca de objetividad de la ciencia¹¹⁷. Al final los hechos acaban siempre por imponerse, al igual que lo hace la ley de la gravedad por encima de cualquier otra. Cualquier escapada, fuga, huida de la realidad, acabará por ser reconducida. Los hechos se impondrán porque solo se puede vivir al margen de ellos por un cierto tiempo. Lo importante es aguantar la tensión hasta que tal cosa suceda. Como nos recuerda el presidente norteamericano Lincoln, «Puedes engañar a todo el mundo algún tiempo. Puedes engañar a algunos todo el tiempo, pero no puedes engañar a todos todo el tiempo».

La *posverdad* abandonada a sí misma acabará por normalizar su presencia a los niveles en los que siempre ha estado. Tampoco se puede gobernar desde la anomia y el desconocimiento de los gobernados; la *pospolítica* tiene límites. La cuestión no es, por tanto, si tal situación perdurará (que no lo hará), sino si, en ese tiempo, quien así obra será capaz de cambiar la realidad a través de ese tortuoso instrumento.

La dependencia tecnológica, que explica el éxito de las sociedades occidentales, tiene ese contrapunto; como piedra angular, es ahora un factor de debilidad tanto frente a los ciberataques como frente a campañas de desinformación. Internet es un espacio de unión y con ello también una frontera

¹¹⁶ ALANDETE, David. «Como combatir la *posverdad*». Diario El País, 22 noviembre 2016.

¹¹⁷ FICHTENTREI FUENTE, Daniel. *Op. cit.*, s.p.

común, transversal, que afecta a muchos ámbitos específicos y a la sociedad internacional. Su seguridad se torna crítica. El ciudadano, a través de las redes sociales, ha quedado sobreexpuesto a la influencia de actores con intereses particulares y que instrumentan en beneficio propio las reglas establecidas y la conciencia moral de la sociedad. La ciberseguridad es un área también en la que trabajar tanto desde el punto de vista técnico como desde el social.

Los problemas del siglo XXI son multidisciplinares y poliédricos. Pero las soluciones a los problemas de las sociedades no vienen de fuera, sino de dentro, y pasan a primer término por que, en lo posible, estas generen sus propios anticuerpos para afrontar los virus que las invaden. Se trata de obtener una respuesta natural y propia antes que utilizar compuestos químicos cuyos efectos secundarios, por lo demás y como poco, se desconocen.

Por eso la lucha contra este fenómeno debe ir más allá de la disputa y ser, por el contrario, expresión de la continuidad de los valores del Estado, una necesaria derivada de los mismos sin interrupciones. Se debe luchar sin hacerlo realmente, como se acomete la delincuencia, esto es, sin romper la armonía y centralidad del Estado y buscando preservar su legitimidad, eje de la disputa. Es preciso abordarla desde una dimensión positiva y, por tanto, articuladora para poder primarla y dotarla de continuidad. No es tanto un esfuerzo de «lucha» como de «superación».

Y es que la democracia incorpora *per se* una voluntad inclusiva y de equilibrios que reduce a su mínima expresión las prohibiciones. Esta surge, recordémoslo de nuevo, de la duda y también de la suspicacia hacia el funcionamiento de sus propias instituciones. Cualquier ajuste de sus equilibrios puede tener consecuencias insospechadas. La democracia es el triunfo de la sociedad civil, que viene a ser su centro de gravedad. Por ello, en el paradigma libertad-seguridad debe primar el primero de los componentes.

En este sentido, la definición weberiana del Estado como detentador del monopolio de la violencia legítima no puede restar luz al hecho de que el uso de la autoridad en una democracia real es o debe ser residual, porque el precio de tal cosa se mide en términos de legitimidad. El poder es un tótem, es potencia, no necesariamente acción, y se desgasta con su utilización, máxime cuando este, por muy excepcional que sea el caso, se hace en sentido contrario a los valores que sirven para sustentarla, esto es, contra su acervo. Con todo, «la democracia ha perdurado porque sus instituciones están diseñadas para manejar formas moralmente arriesgadas del poder coactivo»¹¹⁸.

Los valores de una sociedad no son aquellos de los que se hace prédica, sino aquellos de los que se hace práctica. Por eso no todos los métodos adversarios pueden ser asimilados en nombre de la legitimidad, de la propia conservación o de la coherencia, en razón de la concepción de la libertad propia

¹¹⁸ IGNATIEFF, Michael. El mal menor. Madrid: Taurus, 2005, p. 27.

de ella. Este puede ser un buen ejemplo de cómo el camino más corto puede acabar por convertirse en el más largo y costoso.

La democracia es algo más que un Estado de derecho, unas elecciones o un sistema de balances y contrapesos (que también); es, ante todo, una ética, una cultura que implementa el espacio que va desde la norma hasta su puesta en práctica; es una forma de hacer las cosas, así como un estado de deliberación permanente entre gobernantes y gobernados que garantiza una respuesta concertada y poderosa *per se*. La democracia implica decir la verdad y explicarse. La comunicación no es solo una necesidad, sino una obligación innata, la primera.

Una postura rompe con la continuidad antes aludida y además es un concepto estático, una forma que es difícil de aplicar a un fenómeno diverso y dinámico y que, por su rigidez, no termina de encajar con él en todos los casos. Además, la desinformación es un problema multifacético y, por tanto, no tiene una única solución que, además, debe incorporar a actores de todo tipo.

Ciertamente, la aparente debilidad de la democracia enmascara una fuerza arrolladora: la voluntad concertada de millones de personas. El Estado de derecho tiende a ir por detrás de los sucesos, rara vez por delante. Esa lentitud es el precio que ineludiblemente ha de pagarse al tener que gestionar un poder tan inmenso. La respuesta del Estado de derecho es siempre tasada y lenta y parece ineficaz, pues la utilización del poder en este marco es, por principio, residual y reactiva. Pero este es incontestable; el Estado y Occidente pueden permitirse perder para ganar, no les merece la pena el precio de una victoria rápida.

El principal valor a proteger frente a los ataques queda cifrado en la integridad de la sociedad. Superar la *posverdad* puede requerir de prevención e incluso, puntualmente, de medidas coercitivas. La cuestión se sitúa en los límites en que se debe desarrollar la respuesta. El margen será mayor o menor en función de la naturaleza de la amenaza, precisándose, como poco, de normas efectivas y de la tutela judicial como una garantía legitimadora. La utilidad de instrumentos como la censura o la regulación de contenidos en unas sociedades tan abiertas como las occidentales es más que limitada; es poner puertas al campo y dejarse en ello, adicionalmente, la legitimidad. La crítica, la duda, es progreso, obliga a la renovación; su fin implica, por el contrario, el estancamiento.

Es más, tomando en consideración que la misma amenaza se cierne sobre otras sociedades democráticas en las que nos reconocemos e inspiramos como modelo, esta lucha por razones de sinergia debe abordarse conjuntamente a través de las organizaciones y pactos de los que somos parte y que muestran la existencia de una comunidad que comparte valores e intereses (UE, OTAN y Convenio de Cooperación Hispano-Norteamericano, además de en la Organización de Naciones Unidas en cuanto a organismo de concertación política a nivel global).

Y no solo eso. Dadas las contradicciones a las que la *posverdad* arroja a la democracia, las democracias occidentales deben tratar de afrontar sus retos desde cuerpos normativos similares, de modo que unos validen a otros y se presente un frente uniforme que dote de una legitimidad aún mayor a la respuesta institucional y la refuerce. Los aspectos que más gravamen supongan para nuestro actual régimen de libertades deben contar con un acervo común que les dote de una legitimidad especial y estar sometidos a una tutela judicial exterior al propio Estado y conjunta.

El Derecho va por detrás de los hechos que regula y, por tanto, es perfeccionable. Pero legislar en caliente es arriesgado. No obstante, el ciclo de respuesta ante un asunto de tanta enjundia debe de acertarse, y una forma para ello es transferir la experiencia de un país a otro. La cooperación y el intercambio de información es crítica.

La clase política, los líderes de las sociedades, han perdido influencia y hasta aceptación en el conjunto de las sociedades occidentales. Con los medios de comunicación clásicos viene a pasar lo mismo. Son dos pilares de la sociedad que se encuentran debilitados y que, por tanto, urge fortalecer.

Fortalecer las instituciones que sirven como soporte de la sociedad pasa por deshacer el escepticismo; para ello, no hay nada mejor que la transparencia, porque el mal ya está hecho. Como Byung-Chul Han sostiene, «La transparencia solo se requiere de forma urgente en una sociedad en la que la confianza ya no existe como valor»¹¹⁹.

La democracia y la libertad se basan en la evidencia y la verdad, por eso la educación junto al periodismo y la justicia son la base de unas defensas sólidas. Estamos hablando de proyectos a largo plazo orientados al reforzamiento de la ciudadanía. La ciudadanía real se asienta, en primer término, sobre la educación; una sociedad de buenos ciudadanos es siempre una sociedad de ciudadanos educados. Esparta, nos recuerda Tucídides, no tenía murallas porque tenía a sus ciudadanos.

Es cierto que el nivel cultural de las organizaciones ha crecido, pero también la exigencia que recae sobre los ciudadanos. En este contexto, los mensajes cortos prosperan sobre los razonamientos profundos. Falta preparación y reflexión, lo que además requiere de tiempo. Por tanto, otro de los ejes para luchar contra la *posverdad* se sitúa en el humanismo, en la educación de la sociedad. De hecho, todo proyecto político de calado pasa por lo mismo.

La educación refuerza la transversalidad, el núcleo duro, y evita la fragmentación, la disgregación de la sociedad, su debilitamiento. Educar en la verdad, robustecer los valores, ayuda a recuperar la confianza. A su vez

¹¹⁹ ORTEGA, Andrés. «Campañas de desinformación: la debilidad de la desconfianza», en *Blog del Real Instituto Elcano* [en línea]. 5 diciembre 2017. Disponible en web: <https://blog.realinstitutoelcano.org/campanas-desinformacion-debilidad-desconfianza/>.

la ética, una ética común, debe servir para reforzar al conjunto de la sociedad e incrementar su cohesión y fe en sí misma.

En este sentido se han hecho grandes logros, especialmente en nuestro país, referidos a la extensión de la educación universitaria, pero aún subsiste una bolsa importante de iletrados funcionales con acceso a información de todo tipo pero sin posibilidad de discernir sobre su calidad, pues esta, entre otras cosas, no es fácil de contrastar. Hace falta también dotar de una formación mediática crítica a la ciudadanía, sacar al lector de la burbuja ideológica y dotarle de herramientas de verificación digital sistemática. También se precisa propiciar una alfabetización tecnológica.

La prensa es el cuarto poder y su existencia contribuye al equilibrio del conjunto del sistema democrático. Los medios son los principales interesados en luchar contra las noticias falsas. El periodismo como marca y fuente de información veraz y de calidad debe ser potenciado. Cuando una noticia falsa se cuela en un ciclo informativo no solo alcanza altas cotas de veracidad, sino que contamina el conjunto del sistema. La fortaleza de una cadena queda consignada a su eslabón más débil. Para reforzarla, el periodista profesional ha de disponer de una formación y un bagaje que le distinga sensiblemente del llamado *periodismo cívico*, para poder acometer un cribado eficaz y convertirse en referencia social.

La ciencia nació para derribar a los mitos. Por eso ellos deben ser los primeros a la hora de denunciar y desmontar la demagogia y el sesgo. Para eso, y teniendo en cuenta el ámbito de las redes sociales, los cybermedios deben hacer una gestión activa de sus comunidades, algo, por lo demás, siempre deseable; la proactividad se muestra crítica en un escenario de *fake news* como el que se plantea.

El periodismo, en tanto que parte del pensamiento crítico, no se puede ni se debe regular (los costos de tal cosa en términos de legitimidad son muy superiores a cualquier eventual beneficio), pero sí se debe promover una suerte de código deontológico que favorezca un profesionalismo autoregulatorio y atento frente a eventuales actitudes poco éticas de los miembros de la profesión.

Fortalecer el periodismo pasa por fortalecer financieramente a las empresas que lo llevan a cabo, y por fortalecer la marca, una marca ligada a la verdad. En un informe elaborado para la Comisión Europea, un grupo de expertos de alto nivel, se recomienda apoyar financieramente a grupos informativos independientes libres de potenciales interferencias de autoridades públicas y de compañías tecnológicas que pudieran verse tentadas a utilizar dichos proyectos como escaparates en sus relaciones públicas¹²⁰.

¹²⁰ WARDLE, Claire et al. *Op. cit.*, s.p.

Las redes sociales también han de verse concernidas en este escenario y buscar la certeza en las informaciones que intencionadamente se difunden a través suyo. Diversos estudios han comprobado cómo las *fake news* cuentan con más viralidad que la información real; esto es lógico, pues se han construido con tal propósito. Algunos, comenzando por Facebook han comenzado a moverse en este sentido, pero todavía queda camino, mucho camino que recorrer. Como David Alandete¹²¹ escribía, «Un algoritmo nunca podrá hacer periodismo pero puede aprender a identificar a los que lo hacen, para bien de todos».

Pero la actuación de estas grandes empresas debe ir más lejos y compartir la información con vistas a propiciar el abordaje sinérgico. Además, y en la misma línea que el planteamiento que resulta válido para el periodismo, es conveniente la adhesión voluntaria de las empresas a códigos de buenas prácticas por más que los márgenes normativos sean, en este caso, más amplios.

La Responsabilidad Social Corporativa (RSC) de las empresas también es clave en este esquema. Mención aparte son las empresas de distribución de información residenciadas en terceros países o con conexiones con ellos, máxime cuando su calidad democrática es baja. Merecen un estudio más ponderado y aun a nivel europeo que favorezca respuestas desde este nivel.

Las *fake news* pueden ocultar operaciones psicológicas de gran calado. Y resulta muy difícil de identificar la fuente de estos ataques, e incluso acreditar la maldad de su proceder. No hay tiempo para contrastar un ingente número de noticias. El *fast checking*, la comprobación rápida, es imprescindible para luchar contra la desinformación. La velocidad de respuesta frente a las *fake news* se plantea como un hito para evitar que estas avancen ni aun como leyendas urbanas. Los desmentidos deben también viralizarse, lo que requiere de contenidos ricos y adaptados al entorno al que van dirigidos. Además, como sostenía Derrida, «Hay que olvidar la lógica maniquea de verdad y mentira y centrarlos en la intencionalidad de quienes mienten». Esto es, trascendiendo del hecho, buscar la fuente y el porqué.

El pensamiento crítico debe promoverse. La crítica es imprescindible para el progreso de las sociedades, para su mejora. Una sociedad precisa de referentes intelectuales, de faros en lo alto de la montaña, personajes u organismos encumbrados a los que poder seguir; pero también de críticos que, permanentemente y desde la buena fe, cuestionen el modelo vigente y a aquellos mientras proponen universos distintos y nuevos sueños. Las sociedades se crecen en sus contradicciones. Ese pensamiento crítico pertenece al acervo de Occidente, debe ser preservado a cualquier costo e impedir que se incorpore o lo incorporen al mundo de la *posverdad*.

¹²¹ ALANDETE, David. *Op. cit.*, s.p.

En cualquier caso, estamos ante un hecho novedoso y que se adivina evolutivo que precisa de ser estudiado desde un punto de vista multidisciplinar e involucrando a todos los actores implicados. El siglo xxi es el siglo del pensamiento complejo; poco hay de sencillo, directo o intuitivo en él.

Conclusiones

El siglo xxi ha propiciado un nuevo retorno al antropocentrismo que hace del relativismo, el escepticismo y lo alternativo, el culto al presente y el formalismo sus características principales; es lo que Sartori llama *el estado de vaciedad del vacío*. La posmodernidad es, por encima de todo, una actitud centrada sobre el presente y la forma; su formulación viene a coincidir con la idea de D. Bell sobre el crepúsculo de las ideologías, la reducción del espacio para la auténtica diferencia política, lo que resulta capital. No obstante, hasta en eso falta definición.

Las sociedades se encuentran muy fragmentadas, hecho que la globalización ha potenciado aún más; se han hecho conscientes de su diversidad mientras que el abanico de referencias que tradicionalmente ha utilizado ha sido muy tensionado. Esta fragmentación dificulta el desarrollo de acciones colectivas y promueve el conformismo.

La opinión pública, pese a su infantilismo —esto es, su mutabilidad y carencia de responsabilidad—, viene a representar el ser de las sociedades y mantiene una relación bilateral con estas. La cuestión es que el patrón de la información ha cambiado y la opinión pública se forma al margen de los medios de comunicación establecidos y de la ausencia de criterios de calidad, razón por la que resulta muy influenciable. Es lo que el filósofo José Antonio Marina denomina *síndrome de inmunodeficiencia social*.

La tecnología en una sociedad de la información que acumula datos es un factor crítico. Se consume mucha información y, sin embargo, falta análisis, comprensión. El hombre moderno no piensa, se informa. La tecnología es un elemento transversal al progreso y con ello una vulnerabilidad; debe ser objeto de especial protección, especialmente la noosfera. Internet traslada a la red las fracturas de la sociedad al tiempo que las acentúa.

En este contexto, y paradójicamente —pues la razón es la piedra angular que ha servido a la construcción de Occidente—, la emoción prima sobre la razón y la verdad se relativiza y, con ello, la realidad a la que esta obedece, lo que a su vez deriva en una nueva fractura de la sociedad. La *pospolítica* es una práctica que implica actuar sobre las emociones para llegar a la razón, ahuecando un discurso que de este modo se hace resonante mientras se hurta la agenda política a una ciudadanía a la que se tiene entretenida con cuestiones secundarias. Y, además, escapa a la rendición de cuentas inherente al modelo democrático. El papel de las narrativas y la capacidad de penetración de los imaginarios, acentuada de la mano de las nuevas tecnologías y focali-

zada por las herramientas tecnológicas de comprensión social como el *data mining*, se muestra capital en tal esquema disruptivo.

En este contexto, del que se deriva una debilidad de las instituciones y hasta de la crítica, surgen conceptos como la *posverdad* o las *fake news*, que suponen la banalización de lo que comúnmente se ha venido a llamar desinformación y, por tanto, contribuyen a su aceptación. Por eso tales nombres deben ser rechazados. Además, no expresan plenamente la realidad que estamos tratando. Son dos sofismas o modelos para el sofisma que harían palidecer al mismísimo Gorgias. El tiempo que vivimos, tal y como pronosticaba Enrique Santos Discépolo en el tango con el que abrimos este capítulo, reproduce también aquella época.

Como decía Confucio: «Si los nombre [*sic*] son incorrectos, el discurso no es coherente. Sí [*sic*] el lenguaje es incoherente, los asuntos no pueden resolverse... Por eso el hombre de bien solo usa los nombres cuando implican un discurso coherente, y solo discurre sí [*sic*] lleva sus palabras a la práctica. Por eso el hombre de bien es prudente con lo que dice»¹²².

La amenaza híbrida, que se sirve de la instrumentación de este conjunto de factores, se nos plantea como un reto capital. Su naturaleza no convencional y multiforme persigue debilitar a las sociedades afectando a su cohesión y exhibiendo sus contradicciones. Son amenazas difusas cuya procedencia y naturaleza resultan difíciles de identificar formalmente, por más que se intuyan. La desinformación, que es de lo que estamos hablando bajo nuevos e inapropiados nombres, recordémoslo de nuevo, se utiliza para la ruptura de la comunidad.

La *posverdad* se sirve de las reglas, la conciencia moral y los valores de Occidente en su beneficio; estresa a la sociedad ensanchando y haciendo más visibles sus costuras, sus líneas de debilidad. Sufren un estrés especial algunos puntos nodales, las líneas de juntura en las que interaccionan Estado y sociedad y que son las instituciones.

Este fenómeno es complejo y evolutivo, no admite una única solución sino toda una pluralidad de ellas y, además, incorpora a múltiples actores. Sus soluciones deben ser acordes con la propia cultura y estar orientadas al largo plazo. La educación se presenta como clave para incrementar la resiliencia de estas y evitar la penetración de noticias falsas. Es un anticuerpo natural.

Y es que la lucha contra la difusión de contenidos falsos puede arrastrar a las sociedades a la censura, y con ello, como corolario, a que se suprima el pensamiento crítico y se mengüen a la postre libertades y derechos; esto es todo lo que ha hecho que Occidente sea lo que hoy es. Por tanto, el control de la información no es la piedra angular sobre la que construir la solución; los

¹²² YAÑEZ, Manuel. *Confucio*. Madrid: EDIMAT Libros, 1998, p. 96.

costos exceden a los beneficios. La clave está, nuevamente hay que recordarlo, en el interior de la sociedad, y pasa por resolver sus problemas efectivos. Estamos en un ámbito cuya centralidad requiere de una ponderación extrema y no admite ni soluciones rápidas ni mágicas. Se deben promover las actitudes deontológicas y colaborativas antes que las restrictivas. El Derecho siempre va por detrás de los hechos que pretende regular.

La respuesta, en cualquier caso, debe venir de los Estados, pero también desde el ámbito de la sociedad civil, de entidades independientes, para alcanzar el mayor grado posible de adaptación e implicar, de un modo cooperativo, al conjunto de las democracias occidentales, lo que permite afrontar tal reto desde la mayor de las legitimidades posible.

Para eso necesitamos un periodismo fuerte y de referencias críticas que impidan que perdamos el norte y las esencias. El periodismo, actualmente, adolece de problemas en la formación de su personal mientras su neutralidad e independencia se han visto cuestionadas como resultado de la feroz competencia desde las redes sociales y de su propia dependencia de la política y las empresas. A la política también le ha pasado factura la pérdida de referentes. Ambos son pilares insustituibles de nuestras sociedades cuyo reforzamiento es imperativo.

Las sociedades se construyen desde la palabra. Por otra parte, el acervo de la civilización occidental son la libertad y la duda. Estos son valores que deben ser protegidos simultáneamente y a cualquier costo. No hay nada más impuro que las impurezas que salen de dentro. Como recuerda el sociólogo Tzvetan Todorov, «La democracia tiene mucho más que temer de las perversiones o desvíos del proyecto democrático que vienen del interior».

Bibliografía

Publicaciones

ARON, Raymond. *Un siglo de guerra total*. Paris: Editorial Hispano Europea, 1958.

BALLESTEROS, Ángel. *Diplomacia y Relaciones Internacionales*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1995.

BAUDRILLARD, Jean. *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2015.

Cultura y simulacro, 2015, Barcelona: Kairós

El crimen perfecto, 1997, Editorial Anagrama.

BAUMAN, Zygmunt. *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

BERNAYS, Edward. *Propaganda*. Editorial Melousina, 2008.

- BYUNG-CHUL, Han. *La sociedad del Cansancio*. Ed. Herder, 2012.
Psicopolítica, 2014, Editorial Herder.
- CHOMSKY, Noam. *El nuevo orden mundial (y el viejo)*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1996.
- COMPAYNS MONCLÚS, Julián. *España en 1898: entre la diplomacia y la guerra*. Madrid: Biblioteca Diplomática Española, 1991.
- Eco, Umberto. *Apocalípticos e Integrados*. Barcelona: Lumen, 1984.
- FOUCAULT, Michael. «Curso del 14 de enero de 1976», en VV.AA. *Microfísica del poder*, Madrid: La Piqueta, 1979.
- FRÍAS O'VALLE, José. *Nuestra guerra y nuestra paz*. Móstoles: Colección Adalid, 1985.
- GARCÍA CANEIRO, José; VIDARTE, Francisco Javier. *Guerra y filosofía*. Valencia: Tirant Lo Blanch, s.f.
- GENETTE, Gerard. *Figuras III*. Barcelona: Lumen, 1989.
- GLUCKSMANN, André. *El discurso de la guerra*. Barcelona: Anagrama, 1969.
- HOFFMAN, Bruce. *Historia del terrorismo*. Calpe: Espasa, 1999.
- IGNATIEFF, Michael. *El honor del guerrero*. Madrid: Taurus, 1999. *El mal menor*. Madrid: Taurus, 2005.
- JORDÁN, Javier; CALVO, José Luis. *El nuevo rostro de la guerra*. Barañáin: Ediciones Universidad de Navarra, 2005.
- LE BORGNE, Claude. *La guerra ha muerto*. Madrid: Ediciones Ejército, s.f.
- LEWIS, Carrol. «Alicia a través del espejo», [en línea]. Capítulo 6. Disponible en web: www.elaleph.com/libros
- LIDDELL HART, B.H. *Estrategia: la aproximación indirecta*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1989.
- MÜNKLER, Herfried. *Viejas y nuevas guerras*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2002.
- NIXON, Richard M. *La verdadera guerra*. Barcelona: Planeta, 1980.
- ORWELL, George, 1984, Barcelona: Destino, 1999.
- PARET, Peter (coord). *Creadores de la Estrategia Moderna*. Madrid: Ministerio de Defensa, 1992.
- RAMONET, Ignacio. «Los Conflictos Armados», en VV.AA. *Seminario de Investigación Para la paz*. Diputación General De Aragón, 1997.
- ROJAS, Enrique. *El hombre light*. S.l.: Ediciones Temas de Hoy, s.f.
- SÁEZ ORTEGA, Pedro. *Guerra y paz en el comienzo del siglo XXI*. Madrid: Fundación del hogar del empleado, 2002.
- SCHMITT, Carl. *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial, 1991.
- VERSTRYNGE, Jorge. *Una sociedad para la guerra*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979.

- TEDESCO, Juan Carlos. *El nuevo pacto educativo*. Madrid: Anaya, 1995.
- TERNON, Yves. *El Estado criminal*. Barcelona: Península, 1995.
- VV.AA. *Una mirada al mundo del siglo XXI*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2008.
- VV.AA. *Terrorismo, víctimas y medios de comunicación*. S.l.: Fundación Víctimas del Terrorismo, 2003.
- VV.AA. *A multi-dimensional approach to disinformation. Report of the Independent High level group on fake news and on the disinformation*. Luxemburg publication Office of the European Union, 2018.
- YAÑEZ, Manuel. *Confucio*. Madrid: EDIMAT Libros, 1998.
- ZAMBRANA, Justo. *El ciudadano conforme. Mística para la globalización*. Madrid: Taurus, 2006.
- ŽIŽEK, Slavoj. *¡Bienvenidos al desierto de lo real!* [en línea]. Suplemento Radar, Diario. 23 septiembre 2001. Disponible en web: <http://www.pagina12.com.ar/2001/suple/radar/01-09/01-09-23/pagina3.htm>
- En defensa de la intolerancia* [en línea]. S.l., s.f. Disponible en web: http://estafeta-gabrielpulecio.blogspot.com.es/2009/03/slavoj-zizek-en-defensa-de-la_4989.html.

Recursos electrónicos y artículos

- ABRAHAM FERNÁNDEZ, Jesús. «Algoritmos, las nuevas armas de ¿construcción? Masiva», en *Instituto Español de Estudios Estratégicos*. DIEEE 06-2017.
- AGUIRRE, Miguel Ángel. «Desinformación, democracia y seguridad», en *Periódico El País*. 9 febrero 2018.
- ALANDETE, David. «Cómo combatir la posverdad», en *Diario El País*. 22 noviembre 2016.
- ARRANZ MARTÍNEZ, Raquel. «La creación de imaginarios», en *Documento de investigación del IEEE*. 2018.
- BERCKEMEYER, Fernando. «La mentira de la posverdad», en *Revista-uno.com Número 27*.
- BIANCO, Gabriella. «Desde el post-modernismo [sic] a la post-verdad [sic]» [en línea], en *CECIES, Pensamiento latinoamericano y alternativo*. [ref. del 20 marzo 2018]. Disponible en web: <http://www.cecies.org/articulo.asp?id=582>
- CAROL, Marius. «Fracasar rápido», en *Editorial del Diario La Vanguardia*. 15 febrero 2018.
- CARNICERO URABAYEN, Carlos. «Posverdad y redes sociales, una amenaza a la democracia» [en línea], en *Diario Huffingtonpost*. 17 septiembre 2017. Disponible en web: https://www.huffingtonpost.es/2017/09/17/posverdad-y-redes-sociales-una-amenaza-para-la-democracia_a_23063245/.

- ESCRIVÁ, Ángeles. «El altavoz del terror del Estado Islámico» [en línea], en *Diario El Mundo*. 26 noviembre 2016. Disponible en web: <http://www.elmundo.es/internacional/2016/11/26/58385a4fe2704e2c3a8b45b5.html>
- FERNANDO JUAN, José. «7 apuntes sobre la *posverdad* en las redes sociales» [en línea], en *Revista Entre paréntesis*. 19 diciembre 2016. Disponible en web: <http://entreparesis.org/posverdad-en-redes-sociales/>.
- GARCÍA GUINDO, Miguel; MARTÍNEZ-VALERA GONZÁLEZ, Gabriel. «La guerra híbrida: Nociones preliminares y su repercusión en el planeamiento de los países y organizaciones occidentales», en *Instituto Español de Estudios Estratégicos*. Documento de Trabajo del Instituto Español de Estudios Estratégicos n.º 02/2015.
- Gobierno de España. *Estrategia de Seguridad Nacional 2017*. Presidencia del Gobierno.
- GONZÁLEZ MARTÍN, Andrés et al. «Evolución del pensamiento estratégico», en *X Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas*, 2008. Departamento de Estrategia y Relaciones Internacionales de la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas.
- GONZÁLEZ-RIVERA, Juliana. «La información en la era de la *posverdad*: retos, mea culpas y antídotos» [en línea], en *Universidad EAFIT*. Disponible en web: <http://www.eafit.edu.co/medios/eleafitense/112/Paginas/informacion-posverdad.aspx>
- GOTTFRIED, Jeffrey; SHEARER, Elisa. «News use across social media platforms» [en línea], en *Pew Research Centre & Knight Foundation*. Disponible en web: <http://www.journalism.org/2016/05/26/news-use-across-social-media-platforms-2016/>.
- GRAMSCI, Antonio. «Quaderni del Carcere» Volumen I Quaderni 1-5, en EINAUDI, Giulio. 1977.
- HUMBERTO RODRÍGUEZ, Luis. «¿*Posverdad*... o mentira?», en *Periódico Mirada 21*. Universidad Francisco de Vitoria. 29 diciembre 2017.
- KRAUS, Arnoldo. «*Posverdad*» [en línea], en *Diario el Universal*. 15 enero 2017. Disponible en web: <http://www.eluniversal.com.mx/entrada-de-opinion/articulo/arnoldo-kraus/nacion/2017/01/15/posverdad>.
- LENOIR-GRAND PONS, Ricardo. «Cuando la información busca desestabilizar el enemigo» [en línea], en *Revista On line La Grieta*. 17 abril 2017. Disponible en web: <http://lagrietaonline.com/cuando-la-desinformacion-busca-desestabilizar-al-enemigo/>.
- MANRIQUE, José Luis. «Populismo y *posverdad*, ¿Solo tendencias?» [en línea], en *Revista Inmanencia*. Vol. 5, n.º 1. 2016. Disponible en web: <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/inmanencia/article/view/10831>.
- MARINA, José Antonio. «Porque la sociedad de la información está a punto de fracasar», en *Diario El Confidencial*. 27 junio 2017.

- MARTÍNEZ MURCIANO, Luis María (2017). *El tiempo está después. Tiempo y simulacro como paradigmas del cine posmoderno* [en línea]. Trabajo de fin de Máster en guion, narrativa y creatividad audiovisual. Universidad de Sevilla, Facultad de Comunicación, Sevilla. Disponible en web: <https://idus.us.es/xmlui/bitstream/handle/11441/64927/TFM-LUIS%20MARIA%20MARTINEZ.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.
- MERCHAN GABALDON, Faustino. «Verdad frente a *posverdad*», en *La Tribuna del País Vasco*. 02 diciembre 2017.
- MICHAVILA NÚÑEZ, Narciso. «Opinión pública y conflictos armados», en *Revista Utopía y Sociedad* n.º 19/2002.
- MILOSEVICH-JUARISTI, Mira. «El poder de la influencia rusa: la desinformación», en *Real Instituto Elcano*. ARI 7/2017 – 20 enero 2017.
- ORTEGA, Andrés. «Campañas de desinformación: la debilidad de la desconfianza» [en línea], en *Blog del Real Instituto Elcano*. 5 diciembre 2017. Disponible en web: <https://blog.realinstitutoelcano.org/campanas-desinformacion-debilidad-desconfianza/>.
- ORTEGA, Octavio. «Favorece ignorancia *posverdad* en México» [en línea], en *Revista Reforma*. 26 marzo 2017. Universidad Nacional de México. Disponible en web: http://www.iis.unam.mx/pdfs/iismedios/marzo2017/02_reforma
- PIEDRAHITA, Francisco. *Sobre la posverdad*. Discurso de despedida del rector del ICESI.
- REDONDO, Myriam. *La doctrina del post. Posverdad, noticias falsas... Nuevo lenguaje para la desinformación clásica*. S.l., s.f., s.p.
- REPORTEROS SIN FRONTERAS. «RSF a Mark Zuckerberg: La sabiduría de las multitudes es ilusoria» [en línea], en *RFS*. Disponible en web: <https://rsf.org/es/noticias/rsf-mark-zuckerberg-la-sabiduria-de-las-multitudes-es-ilusoria>.
- SARASQUETA, Gonzalo. «*Pospolítica* ¿autopsia o metamorfosis del relato? El caso de Donald Trump», en *Revista Especializada en periodismo y comunicación. Questión*. Universidad de Rio de la Plata, vol. 1, n.º 57, 2018: Verano (enero-marzo).
- UNIÓN EUROPEA. Grupo de Expertos de Alto Nivel. Informe para la Comisión Europea; «Un enfoque multidisciplinar de la desinformación».
- VERA, José Antonio. «Le llaman *posverdad* lo que no es sino manipulación y propaganda», en *Discurso durante la entrega de los XXXIV Premios Internacionales de Periodismo Rey de España*.
- VOSOUGHI, Soroush; ROY, Deb; ARAL, Sinan. «The Spread of true and false news on line», en *Science*. 9 marzo 2018. Vol. 359, Issue 6380, pp. 1146-1151 DOI: 10.1126/science.aap9559.
- VV.AA. Conferencia. «Gestión de Crisis», en *Departamento de Estrategia de la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas* 2008.

WARDLE, Claire; KELIS NIELSEN, Rasmus; MANTZARLIS, Alexois; JIMÉNEZ CRUZ, Clara. «Seis puntos clave del informe sobre desinformación del Grupo de expertos de la Comisión Europea», [en línea], en *Periódico Eldiario.es*. 12 marzo 2018.